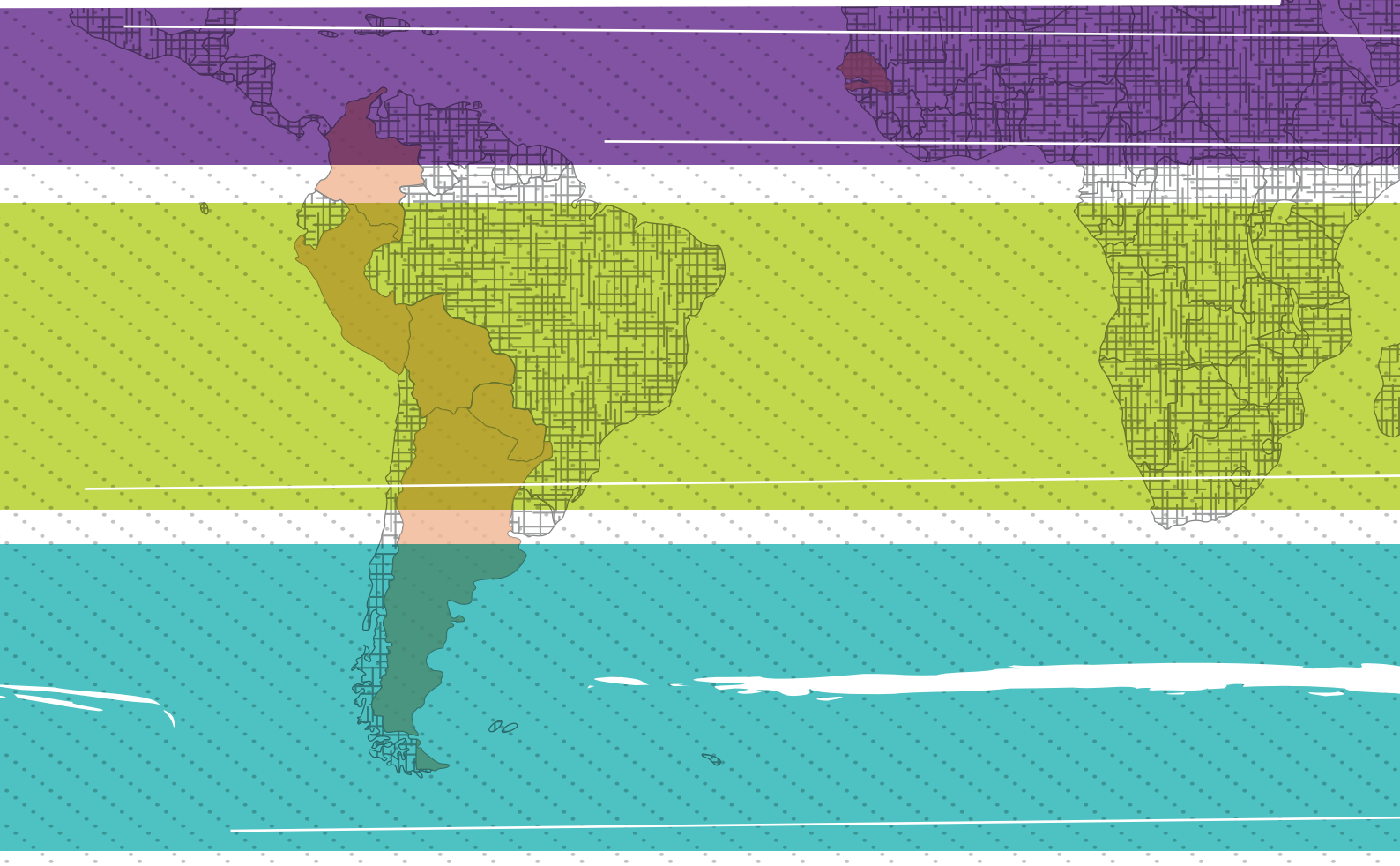
Las que fuimos, las que somos

Relatos de vidas en movimiento



CERRANDO BRECHAS
Para erradicar las violencias contra las mujeres

Este proyecto cuenta con el apoyo financiero de la Unión Europea

ela EQUIPO LATINOAMERICANO DE JUSTICIA Y GÉNERO

caref Comisión Argentina para Refugiados y Migrantes

FEIM FUNDACIÓN PARA ESTUDIO E INVESTIGACIÓN DE LA MUJER

m.e.i

FUNDACIÓN Siglo 21 desarrollo social, ciudadanía y género

Las que fuimos, las que somos

Relatos de vidas en movimiento

CERRANDO BRECHAS
Para erradicar las violencias contra las mujeres

Este proyecto cuenta con el apoyo financiero de la Unión Europea

ela EQUIPO LATINOAMERICANO DE JUSTICIA Y GÉNERO

caref Comisión Argentina para Refugiados y Migrantes

FEIM FUNDACIÓN PARA ESTUDIO E INVESTIGACIÓN DE LA MUJER

m.e.i

FUNDACIÓN Siglo 21 desarrollo social, ciudadanía y género

CAREF - Comisión Argentina para Refugiados y Migrantes

La Comisión Argentina para Refugiados y Migrantes (CAREF) es una asociación civil sin fines de lucro fundada en 1973 para recibir a personas y familias que huían de Chile tras el golpe de Pinochet. Auspiciada por cinco iglesias protestantes históricas, su objetivo consiste en promover los derechos de las personas migrantes, refugiadas y solicitantes de asilo a través de la construcción de prácticas y normas que consoliden su integración en condiciones de justicia y equidad.

Dirección postal:
Juan Bautista Alberdi 2236.
(1406) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
www.caref.org.ar

Equipo editorial
Coordinación general: Gabriela Liguori, Directora Ejecutiva - CAREF.
Idea y realización: Celeste Farbman, Laura Carral, Loreley Bono y Laura Paredes - CAREF.
Entrevistas y redacción: Cecilia Gonzalez @ceciazul.
Diseño gráfico e ilustraciones: Paula Fränkel @paufrankel.

ISBN: 978-987-48340-2-7
Impreso en CR Print Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Diciembre 2021

Este documento fue elaborado en el marco del Proyecto Cerrando Brechas II: Desnaturalizando violencias ocultas para erradicar la violencia de género promoviendo la igualdad, que recibe el apoyo financiero de la Unión Europea.

González, Cecilia
Las que fuimos, las que somos : relatos de vidas en movimiento / Cecilia González ; contribuciones de Celeste Farbman ... [et al.] ; ilustrado por Paula Frankel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CAREF - Comisión Argentina para Refugiados y Migrantes ; Equipo Latinoamericano de Justicia y Género ; Fundación para Estudio e Investigación de la Mujer - FEIM ; Fundación Mujeres en Igualdad - MEI ; Jujuy : Fundación Siglo XXI , 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-48340-2-7

1. Inmigración. 2. Estudios de Género. 3. Mujeres. I. Farbman, Celeste, colab. II. Frankel, Paula, ilus. III. Título.
CDD 305.4092

Índice

Palabras iniciales 05

"Aprendí a trabajar colectivamente". Doris Quispe Juro. 07

"Siempre veía a las migrantes invisibilizadas aunque eran las que más trabajaban". Emiliana Mamani 13

"Me di cuenta de que no debía debía tener vergüenza de ser quechua". Kusi Killa 19

"Mi sueño es vivir en una sociedad con derechos para todes". Madeleine Valverde 25

"Da mucha alegría compartir con otros". María Magdalena Díaz Pantoja 31

"Aprendimos a valorarnos como pueblos originarios". Mery Lucas 37

"Las migrantes nos empoderamos al compartir nuestras culturas". Rocío Mazuelos Huaman. 43

"Me siento muy orgullosa de la solidaridad de los senegaleses". Seynabou Sane 49

"Aprendí a construir desde las ausencias". Viviana Yopasa Ramírez. 55

"En los barrios hay experiencias comunitarias muy enriquecedoras". Zulma Monges 63

Organizaciones 70

Agradecimientos 71

Palabras iniciales

Las que fuimos, las que somos: relatos de vidas en movimiento*
es una publicación que muestra, con relatos narrados en primera persona, qué se pone en juego, qué se transforma en la vida de alguien cuando decide irse. De la mano de la periodista mexicana Cecilia Gonzalez, vecina de la Ciudad de Buenos Aires desde hace 20 años años, fuimos escribiendo y tejiendo esta trama compuesta por diez historias de mujeres cis y trans, que por diferentes motivos eligieron la Argentina para continuar con sus vidas.

Como organización de la sociedad civil que acompaña a personas migrantes y refugiadas desde hace casi medio siglo, sabemos que la experiencia de migrar es un antes y un después en la vida. De un lado a otro de las fronteras viajan personas con historias, vivencias, distintas formas de habitar el mundo, deseos y expectativas. Por supuesto, también sabemos que esas experiencias suelen estar atravesadas por múltiples injusticias y vulneraciones de derechos, que suelen ser el fuego que enciende la necesidad de organizarse para quien las padece.

El sentido de esta publicación es visibilizar las experiencias organizativas de mujeres, cis y trans, migrantes y refugiadas, poniendo en valor las estrategias que desplegaron para enfrentar las adversidades que trae consigo la migración. Son relatos de vida en donde las historias individuales se ponen en contexto, entrelazándose y retroalimentándose con las colectivas.

Las que fuimos, las que somos: relatos de vidas en movimiento es una publicación que se inscribe dentro del proyecto *Cerrando Brechas II. Desnaturalizando violencias ocultas para erradicar la violencia de género promoviendo la igualdad*, con el apoyo de la Unión Europea.

Equipo CAREF

* El contenido de las entrevistas es responsabilidad exclusiva de las entrevistadas y en ningún caso debe considerarse que reflejan las opiniones de las organizaciones que integran el Proyecto Cerrando Brechas II.

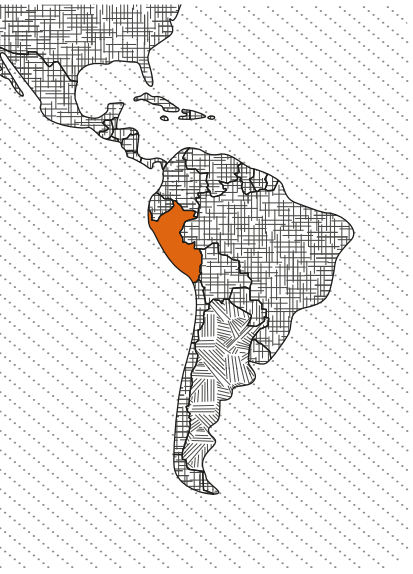
“Aprendí a trabajar colectivamente”

Doris Quispe Juro

ONG “Rompiendo Muros”

Me siento muy empoderada. Es la mejor manera que encuentro de definirme, porque la Doris que llegó a la Argentina por primera vez en junio de 2002 y la Doris de hoy, no son la misma.

En Perú ya me sentía una mujer fuerte pero ahora, después de tantos años, soy otra. Estoy muy contenta conmigo misma por el crecimiento personal que he tenido como militante de una organización que ayuda a migrantes en Argentina. Conocer las necesidades de tantos compatriotas, de amigues de otros países, me ha fortalecido mucho más.



Esta experiencia fue totalmente sorpresiva porque nunca pensé que iba a tomar estos temas como algo propio. Hoy tengo muchas ganas de ayudar y me siento orgullosa de eso. Es una parte que hacía falta en mi vida. La necesitaba, solo que no lo sabía. Tardé en descubrirlo.

Creo que el momento bisagra fue febrero de 2003, cuando me pasó una experiencia personal muy fuerte y por eso, años más tarde, en 2008, decidí crear la ONG Rompiendo Muros. Así me empecé a vincular con organizaciones de derechos humanos, a crear un circuito de mujeres que ayudan a mujeres migrantes que tienen problemas judiciales.

Gracias a ese trabajo aprendí a tocar puertas de instituciones como el INADI o el Ministerio de Justicia. Buscaba información para saber qué pasa con los migrantes que no tienen DNI o por qué no tienen acceso a programas sociales. Eso es inhumano, porque se supone que cualquier persona que habita un país y está en una situación crítica tiene que recibir ayuda del Estado, pero en Argentina solo ayudan a migrantes regularizados. Es una realidad que tenemos que enfrentar hasta el día de hoy.

Desde entonces me metí en muchos casos de migrantes que están judicializados por distintos motivos. Los ayudamos a hacer recursos de reconsideración o jerárquicos ante la Dirección Nacional de Migraciones para normalizar su situación migratoria.

También capacitamos a mujeres que desean realizar microemprendimientos personales, por ejemplo, de oficios de costura o alimentación, porque eso les ayuda a sostenerse o independizarse económicamente. Muchas han sufrido violencia de género y temen denunciar por su situación migratoria, pero ahora ya saben que aquí tienen un espacio en donde se les va a escuchar y ayudar.

Además de los talleres que hemos hecho en el penal de Ezeiza, en el Centro Universitario de la cárcel de Devoto pudimos ayudar a crear una comisión de detenidos extranjeros.

Cuando llegué a Argentina, nada de esto estaba en mis planes. En ese momento tenía 29 años y estaba decepcionada de la vida que había tenido en Lima.

•••

Mi papá se llamaba Felipe Quispe Gonzalez, era maestro zapatero, y mi mamá, Leonarda Juro Mansilla, era vendedora ambulante de "picarones", un postre limeño muy rico que se hace en el momento y que se come más que nada en días festivos.

Yo nací en Lima el 17 de julio de 1973, soy la segunda de seis hermanos y era la que siempre acompañaba a mi mamá a vender en la calle.

Después de unos problemas familiares de vivienda, terminamos mudándonos a Huaycán, un barrio popular de Lima. Ahí empecé a escuchar que algunas de mis tías estaban radicadas en Argentina, que trabajaban en casas particulares y que les enviaban dinero a mis primos, quienes así podían construir sus casas y estudiar sus carreras universitarias.

A los 16 o 17 años, no recuerdo bien, tuve que asumir el rol de jefa de familia porque mi papá se quedó sin trabajo y mi mamá no podía salir a vender. Entonces me puse a trabajar para ayudar a mantener a la familia. Fueron épocas difíciles porque poquito después, a los 19 años, tuve a mi hija Geraldine. Quise formar una familia propia, pero como la experiencia no fue nada exitosa, seguí viviendo en casa de mi mamá con mi bebé.

Mientras tanto seguía viendo el mejoramiento económico de mis tías que estaban en Argentina. La idea de partir comenzó a rondarme. En algún momento les pedí ayuda para irme con ellas, pero nunca quisieron apoyarme.

En Lima intenté de todo para cumplir con mis proyectos personales. Quería llegar a la universidad pública, incluso me postulé para estudiar Medicina, pero

no pudo ser. Después quise hacer la carrera docente, y tampoco. Fue muy triste no poder sostener ese sueño porque las circunstancias me ponían en la crisis de elegir entre estudiar o trabajar. Eran los años 90, la situación se complicaba cada vez más con el gobierno de Fujimori. A la inflación se le sumaba la violencia institucional. Estábamos como en una crisis permanente. Eso me llevó a la determinación de vivir en Argentina.

La idea de partir era cada vez más fuerte porque en Lima seguía trabajando sobre todo de venta al público, pero en condiciones inhumanas. Hacía dos horas de viaje en la ida y dos horas para el regreso, más las ocho de trabajo y una de almuerzo. Total, trabajaba todo el día.

No podía más.

Entonces decidí venirme sola a Argentina, aunque nadie me ayudara. Mi papá y mi mamá no querían. Me decían: "¿cómo vas a dejar a la nena?". Era sacrificar mi vida y la de mi hija, pero no había muchas más opciones.

Ya había ahorrado todo lo posible para poder pagar un alquiler y no pasar apuros desde el principio. Además, tenía mi pasaje de regreso a Lima, eso me daba tranquilidad para viajar. Y así nomás, me vine. Con la ayuda de unas amigas que ya estaban acá alquilé un lugarcito en Florencio Varela. Ahí estuve ocho meses.

Lo bueno es que muy pronto conseguí un laburo de atención al público. Lo malo es que no formalicé mi situación migratoria desde el principio porque siempre tenía la duda: "¿me quedo o me voy?".

• • •

Y me quedé.

Incluso pude cumplir mi sueño de juventud de llegar a la Universidad porque, después de fundar Rompiendo Muros, fui consciente de que necesitaba saber más para ayudar mejor. Por eso, en 2008 empecé a estudiar Sociología y Derecho. Hice las dos carreras de manera casi simultánea. Eso me hizo muy feliz.

Estudiar tuvo mucho que ver con mi militancia, porque Rompiendo Muros brinda asesoría jurídica a migrantes judicializados sólo en la parte administrativa. Si ya están en la parte penal, se les deriva a otras organizaciones. Estamos hablando de migrantes sin recursos, y como la ONG tampoco los tiene como para contratar a abogados que lleven adelante los casos judiciales, se nos complica.

Eso a veces me molesta, porque hay abogados migrantes que se olvidan de cómo vinieron y no asumen ningún compromiso, no quieren llevar ni un caso gratuito, todo lo quieren cobrar.

Por eso me esforcé en estudiar Abogacía en la Facultad de Derecho de la UBA, porque yo sí quiero asumir casos que necesiten patrocinio gratuito. El título ya está en trámite. También ya tengo el título de la Licenciatura en Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Ahí aprendí muchas herramientas a partir de una mirada sociológica.

Ahora soy la representante legal de Rompiendo Muros, pero la mesa directiva está formada por una docena de personas que, a lo largo de estos años, se sumaron al proyecto.

En la organización trabajamos a tiempo completo atendiendo a todo tipo de migrantes que se acercan, mayormente latinoamericanos. Nos manejamos de manera muy cuidadosa cuando damos a conocer algún caso porque son historias delicadas. Por ejemplo, algunos tienen causas penales y enfrentan el peligro de ser expulsados del país, aunque ya residan acá y tengan a sus familias constituidas.

Ahí comienza otro drama porque los migrantes no son tratados como los argentinos, que pueden seguir de manera normal con sus vidas después de cumplir sus condenas. No, para nada. Los migrantes, al salir de prisión, enfrentan un sistema administrativo que los quiere expulsar. Lo primero que padecen es que les cancelan el trámite de residencia y les ofrecen solo una precaria con la que no consiguen trabajos. Eso es discriminatorio. Muy injusto.

Otro problema es que el sistema educativo no trabaja de forma seria, sigue cultivando el espíritu racista y crea una estructura que fomenta la xenofobia.

Hace poco el propio presidente Alberto Fernández se declaraba europeísta. Esos son síntomas graves que promueven la discriminación porque falta profundizar en la importancia que ha tenido en Argentina la migración de pueblos

latinoamericanos. Siempre ha quedado muy tapado el aporte realizado por toda la gente que vino de Bolivia, Paraguay, Perú y de otros países de la región.

La lucha social tiene varias vertientes. En estos años también aprendí a defender los derechos de las mujeres, como el aborto legal, seguro y gratuito y, sobre todo, a trabajar colectivamente. Eso es muy importante. También formo parte de la Campaña Nacional Migrar no es Delito, con la que militamos contra del decreto xenófobo 70/217 que puso el expresidente Mauricio Macri y que ya derogó el presidente Fernández. Ahí participé con muchas movidas, mucho cabildeo.

Laboralmente, en 2010 pude insertarme en la Procuración Penitenciaria de la Nación. Fue muy gratificante porque empecé a ganar un salario decente y con eso pude ayudar a mujeres migrantes para que consiguieran trabajos dignos de todo tipo.

De mi vida personal, lo más importante es que mi hija vino a Buenos Aires cuando terminó el secundario. Estuvo acá del 2009 al 2014, pero luego decidió que prefería vivir en Lima y volvió con mis padres.

Ese momento me puso en jaque con esto de la migración, tuve que reflexionar mucho, pero llegué a la conclusión de que cada ser humano tiene que estar en el sitio en el que se sienta bien y que es fundamental respetar las elecciones. Así que mi hija decidió que su lugar es Perú y yo decidí que mi lugar de vida y de lucha es Argentina.

“Siempre veía a las migrantes invisibilizadas aunque eran las que más trabajaban”

Emiliana Mamani

Cooperativa de viviendas
“Centro de Madres 27 de mayo”

Cuando llegué a Buenos Aires, no lo podía creer. Venía con mi hija, en tren, pero al entrar a Retiro y ver que había casitas con techos de cartón, de chapa, me pregunté: "¿esto es Argentina?".

Me decepcioné.

Yo pensaba que Argentina era otro mundo, un lugar hermoso, desarrollado. No sabía que había villas. Los bolivianos somos pobres pero las casitas siempre son de material, de adobe, no como las que estaba viendo. No sabía que acá había tanta gente viviendo así. La verdad, me desilusioné. Desde ese momento, a mis 24 años, supe que éste no era el lugar que yo estaba buscando.

Yo nunca había querido salir de mi país ni vivir en otra parte. Sólo lo hice con la idea de estar un tiempo, trabajar, ganar dinero y volver a La Paz para poner mi peluquería. Ese era mi gran sueño.

No pudo ser.

Lo que pasó es que una amiga de la secundaria que ya se había ido a trabajar a Brasil en un taller de costura, me convenció de que viniéramos. Yo ya tenía los muebles de la peluquería, pero me faltaba el capital para comprar los cosméticos, los espejos y las secadoras. Mi amiga me dijo que, en el medio año que había estado afuera, había ganado lo suficiente para comprar un coche. Por eso me gustó la idea de trabajar un año en otro país, para juntar un poco más de lo que ganaba en Bolivia.

El plan inicial era ir a Brasil, pero al final decidimos ir a Argentina. Se suponía que por el idioma todo iba a ser más fácil.

Me equivoqué. De fácil no tuvo nada, pero hay algo bueno que siempre me ayudó: la militancia, porque yo ya la hacía desde los 19 años. En la escuela me gustaba hacer bullanga, y luego, cuando me separé del papá de mi hija y me quedé sola, más bien: cuando decidí vivir sola, organicé un club de madres en Bolivia. Esas experiencias colectivas me sirvieron después en mi vida en Buenos Aires.

• • •

Nací en La Paz, en Bolivia, el 18 de julio de 1960. Vengo de una familia de clase media baja. Mi papá Eugenio Mamani era pintor del rubro de albañilería, y mi mamá Elena Chávez, mayorista de verduras.

Cuando nacimos nosotros, los nueve hermanos, teníamos un buen pasar porque ellos eran muy trabajadores, pero luego mi papá, por motivos de trabajo, tuvo que alejarse de nosotros. Ahí sí la pasamos mal porque mi mamá se que-

dó a cargo de todo y no alcanzaba para mantenernos. Nos quedamos cada vez más pobres allá en nuestra casita de Villa Fátima, un barrio de La Paz.

Mamá siempre quiso que estudiáramos, aunque no le alcanzaba el dinero. Por eso teníamos unos padrinos en Estados Unidos. En realidad, era un proyecto de una institución llamada "Plan de padrinos", o sea, gente de allá que nos mandaba dinero cada mes, como una especie de beca. Eso nos servía un montón.

Mi papá volvió cuando yo tenía 15 años, pero la vida ya no era igual. Yo me estaba haciendo jovencita y no era fácil estar con él porque quería imponer sus reglas. Después de su ausencia, nos habíamos acostumbrado a que sólo mi mamá nos podía llamar la atención. Aunque ella no sabía leer ni escribir, era una mujer muy inteligente, confiaba en nosotros. No nos prohibía cosas, nos dejaba salir y nos decía: "andá, pero este es tu horario de llegar".

Para entonces mi hermana mayor ya tenía esposo, así que habré estado nada más un año con mi papá y al poco tiempo también me casé. Era muy chica. A mi hija Marlene la tuve a los 17 años. Mi mamá le dijo al papá de mi hija que yo todavía era una niña y que debía seguir estudiando, por eso me metí a Peluquería y cuando terminé, pues empecé a trabajar.

Pasa que el papá de mi hija era un señor violento. Me golpeó en dos ocasiones. Una vez, cuando estaba embarazada de cuatro meses. Yo me dije dentro mío que con él no podía vivir. Luego me volvió a golpear cuando me faltaba poco tiempo para recibirme. Si venía borracho, me amenazaba. Yo me estaba hartando. Mi hija ya tenía dos años y medio, esa segunda vez que me golpeó. Y lo eché. Ni yo misma me reconozco de haber tenido esa picardía. Yo misma me admiro porque él me dijo que no se iba a ir, que le tirara la ropa a la calle. Y sí, se la tiré.

Creo que lo que me ayudó fue la junta, porque cuando estudiaba tenía muchos amigos y amigas. Él era mayor que yo, ya tenía 27 años, pero yo me envalentoné con la junta. Pasa que las mujeres que no salen de su casa y viven nomás para sus hijos y el marido, pues siempre van a estar un poco retenidas, pero cuando una sale a la calle conoce otro mundo, otra vida. Eso me ayudó.

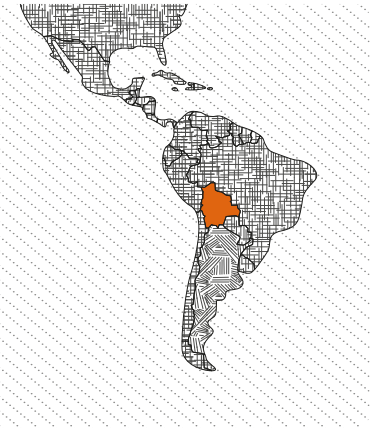
En ese momento lo único que quería era vivir sola. Era difícil, porque trabajaba en una peluquería y no me alcanzaba mucho la plata, así que me puse a tejer chombas a mano que después vendía. Lo bueno es que era muy ágil tejiendo, era capaz de terminar una chomba en un día. Tejía todo el tiempo, incluso cuando iba caminando. Sólo paraba cuando trabajaba, hasta que se presentó la oportunidad de vivir en Argentina.

●●●

En cuanto mi amiga y yo llegamos a Buenos Aires, fuimos directo a Chacarita, al domicilio de un tallerista de origen coreano que tenía muchas casillas en las que entraban una cama y dos máquinas frente a frente, porque trabajaban muchas parejas. Había muy pocos solteros, pero todos, hombres y mujeres, teníamos que saber coser y yo no conocía ni siquiera la máquina industrial.

Ese fue el primer problema porque, como no sabía coser, enseguida me tuve que ir a trabajar a otro lugar con un coreano que nomás me iba a pagar 15 dólares al mes, no los 50 que ganaban las otras chicas. El pretexto era que yo tenía a mi hijita. Sólo estuve ahí 15 o 20 días porque me estresaba mucho la situación.

Después me fui a otro taller en donde me pagaban mejor, 30 dólares. Igual quizá siempre me quisieron descontar porque andaba con mi hija todo el tiempo y eso no les gustaba mucho. Yo de todas formas seguía adelante con la idea de aprender a coser, ganar plata y regresar a La Paz.



Al final encontré otro taller y, ahí sí, ya me quedé mucho tiempo. Los dueños eran más humanos, no nos maltrataban como los anteriores. Cuando finalmente aprendí a coser, gané un poco más, lo que me permitió ahorrar y volver a Bolivia dos años después de haber venido. Regresé en 1986, pero para mi tristeza descubrí que la plata que tenía no era suficiente para poner mi peluquería. Con la devaluación ya no me alcanzaba. Todo era un desastre, así que nomás me quedé allá un mes y me volví a Buenos Aires para seguir trabajando.

En 1988, ahora sí, ya tenía plata suficiente para irme a La Paz, pero estaba embarazada de mi segunda hija, Brenda. No podía regresar porque allá, por cuestiones culturales, no lo iban a aceptar. Me iban a señalar. De por sí ya era madre soltera de una niña. ¿Cómo podía tener otra? Y pues ya no me fui.

●●●

En todos los talleres en los que anduve siempre veía a las migrantes lomeando, invisibilizadas a pesar de que eran las que más trabajaban. Pero en los 90 fue

todavía peor. Estalló la discriminación contra los que veníamos de países limítrofes, especialmente contra nosotros, los bolivianos. Les agarró un odio que, de verdad, no lo entiendo. Parecíamos narcotraficantes, ladrones.

Eso me llevó a que yo empezara nuevamente a aliarme con las mujeres, como lo había hecho en Bolivia.

Con mucho esfuerzo hicimos un trabajo de hormiga hasta que, en el año 2000, fundamos el Centro de Madres 27 de Mayo. Le pusimos así porque ese día se celebra a la madre boliviana y a las mujeres que lucharon en la Independencia.

Desde allí hemos estado trabajando con la colectividad boliviana contra la discriminación, por la no violencia. Ya tenemos 20 años haciendo una labor que nos permite acompañar a mujeres que sufren violencia doméstica.

Por ejemplo, si una mujer no sabe adónde ir para hacer una denuncia o necesita algo de la Defensoría del Pueblo, o no la atienden o no sabe comunicarse, nosotras la ayudamos.

Durante cuatro años también tuvimos la Casa de la Mujer acá en Mataderos, pero no pudimos sostenerlo por la falta de recursos.

Lo que sí conseguimos fue un proyecto que permitió construir 12 viviendas que nos vendieron con créditos hipotecarios del 80 % para familias con sueldos mínimos. El complejo habitacional está en Mataderos, y actualmente yo soy la administradora.

El Centro de Madres lo manejamos como 10 mujeres y lo que más necesitamos a corto plazo es la personería jurídica. La tramitamos en 2002 pero luego, por el proyecto de viviendas, lo dejamos rezagado. Este año vamos a actualizarlo. Es muy importante que lo logremos porque este es un lugar de contención, un hogar a donde puede venir una

mujer para capacitarse laboralmente, en el que encuentra miradas diferentes y puede tomar talleres contra la violencia y aprender sobre sus derechos y sobre su cultura.

Hoy, gracias a todo este aprendizaje que implica el trabajo colectivo, puedo decir que soy una Emiliana empoderada en una Buenos Aires que me atrapó, aunque la verdad mi sueño sería regresar a vivir a Bolivia.

Si alguien me dijera: "te voy a dar en La Paz todo lo que tienes acá en Buenos Aires", o sea mi casa, mis hijas, mis nietos y la organización, me iría enseguida para allá. Y me iría encantada.

Ese pensamiento me atraviesa cada vez que viajo a Bolivia y entro en mi frontera, en mi suelo, en mi país. En ese momento soy la mujer más feliz del mundo. Siento como si hubiera estado encerrada porque allá me siento totalmente libre. Allá, todo es mío.

“Me di cuenta de que no debía debía tener vergüenza de ser quechua”

Kusi Killa

Instituto “Qheshwa Jujuymanta”

Yo nací y viví en el campo, en vinculación directa con la naturaleza, pero al establecerme en ciudades como La Paz, Sucre y San Salvador de Jujuy descubrí lo que era sufrir discriminaciones y necesidades.

De todas formas, doy gracias a la vida. Primero por haber nacido en Bolivia, y después por haber venido a vivir a Argentina, porque así aprendí un montón de cosas. A la gente joven le digo que no sufran por lo que no tienen o por lo que padecen, porque todo eso les enseña a crecer, a madurar.

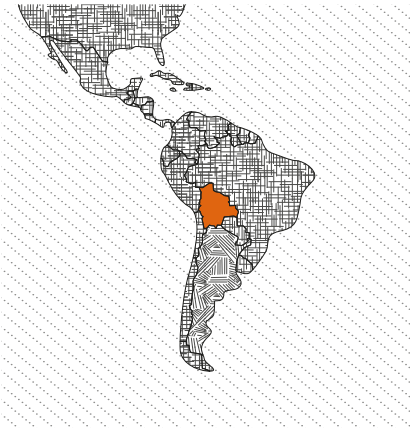
Es tan importante reconocerse cada uno, saber quién es y tener un objetivo en la vida, porque si no, nos la pasamos deambulando sin rumbo.

En mi caso aprendí que el idioma original es muy importante porque encierra todo lo que somos, al igual que la danza o la medicina ancestral. Son aspectos que se ponen en riesgo cuando crecemos con otras formas de vida y vamos a vivir a grandes ciudades en donde predomina el pensamiento occidental. Ahí, a los niños no les enseñan su verdadera cultura. Por eso luego no saben valorarla.

Pensar en estas cosas me hace sentir bien, porque después de haber vivido acá más de 50 años, ya me siento hija adoptiva de San Salvador de Jujuy. Sí, soy inmigrante, pero no vine nomás a dormir o a comer o a sobrevivir.

He venido a compartir lo poco que sé. Enseñar quechua es mi aporte y lo seguiré haciendo hasta la hora de mi muerte. Mi idioma querido nunca se va a perder de mi mente. Aunque esté caminando ya renga, lo voy a seguir hablando y enseñando.

●●●



Estoy convencida de que la gente que emigra tiene que ser respetuosa del lugar al que va y de la gente. Y viceversa. Cómo quisiera que los migrantes no se sintieran mal en ningún país. Aprender esto no fue fácil. Me llevó un largo camino.

Para empezar, hay que aclarar que Kusi Killa, mi nombre quechua, quiere decir Luna Alegre, aunque mi nombre de registro es Concepción Catunta Castro. Nací el 8 de diciembre de 1949 en Potosí, Bolivia. No conocí a mi padre y mi mamá, Catalina Condorí de Quispe, me entregó a la abuela Mercedes cuando se enfermó. Luego murió. Yo todavía era muy chica.

Me crié allá hasta los diez años porque, cuando falleció mi abuela, mi tía Salomé, hermana de mi mamá, se hizo cargo de mí y me llevó a La Paz. Era la única familia que me quedaba porque de mi papá no sé nada hasta el día de hoy. Así pasé del campo a la ciudad. Había crecido criando a mis ovejas, sembrando, por eso conozco mucho del campo. De eso estoy orgullosa.

Ya en La Paz, mi tía me dejó internada en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús y María. Luego me pasó a otro en Sucre, el colegio de la Inmaculada Concepción de María. Sufrí mucho los cambios de ciudad, de gente, aunque algo bueno es que en esos colegios aprendí el castellano porque yo hablaba quechua desde que nací.

Las monjas eran muy estrictas, sólo nos dejaban salir los fines de semana a mendigar a los mercados para conseguir mercadería que ellas usaban durante la semana.

Más tarde, como mi tía había emigrado a Argentina, a San Salvador de Jujuy, me trajo con ella. Yo ya tenía 17 años. Padecí mucho porque vine obligada, a la fuerza. Recuerdo que yo vestía de otra manera, con polleritas, con todas mis ropas de allá, pero para cruzar la frontera me cambiaron de vestimenta para que no me miraran mal.

Llegué directamente al colegio Hogar de la Joven, en donde me internó mi tía. El cambio fue muy fuerte. La discriminación, también. Yo tengo cara de kolla, hablo quechua, mis pensamientos son quechuas. Y me molestaban por todo eso.

La única que me defendía era una monja que me quería porque yo era muy activa, pero mis compañeras me discriminaban porque no podía hablar bien el castellano. Lloré mucho durante un año, pero después me acostumbré. Como mi tía desapareció después de internarme, yo tenía que solventarme sola por el hecho de que en el internado la mayoría de las chicas tenían familia, pero a mí nadie me visitaba ni nada.

Para sobrevivir, me ofrecía a lavar y colaboraba con las monjas en todo lo que podía.

●●●

Yo quería estudiar la secundaria, pero no podía porque me faltaban cosas y no podía comprarlas. Las monjas me querían ayudar, pero no me gustaba pedirles, entonces mejor me puse a estudiar todo lo que era práctico, como cocina, repostería y costura.

A los 21 años me pusieron como cocinera de las monjas y luego me pasaron al hogar de las jóvenes, también para cocinarles, pero en esa época hubo cambios porque el gobierno construyó chalets para las estudiantes. Unas eran huérfanas y otras estaban presas o tenían mala conducta. Las monjas me dijeron de trabajar ahí para enseñarles cosas a las chicas.

Así fue que, cuando inauguraron los chalets, pasé a ser preceptora para las menores de 12 a 18 años. Me tocó un grupo de 14 chicas. Les enseñaba a lavar, a portarse bien. Las educaba, las llevaba de picnic. Les tomé confianza como si fueran mis hijas y, bueno, yo tenía otra forma de tratarlas, un carácter diferente al de las demás celadoras. Les tenía más cariño porque yo había sufrido mucho en Bolivia y no quería que ellas pasaran por lo mismo.

Fueron años en los que trabajé mucho y siempre me sentí discriminada pero después, con el tiempo, me di cuenta de que en realidad yo era la que más me discriminaba porque no tenía una identidad. Las monjas me decían que también me convirtiera en monja, pero el corazón no me llamaba para eso.

En esas andaba cuando conocí a un señor que era hijo de franceses, que había vivido tres años en Bolivia y había aprendido quechua.

Fui a verlo y le dije: “yo sé quechua, pero quiero seguir estudiando y recordando porque hace años que no hablo con nadie porque aquí es un desprecio hablar nuestro idioma”. Pero él me respondió: “usted es mi profesora, usted es la que me va a enseñar, usted es una quechua pura”.

Así empezamos a vernos dos veces por semana. Yo le enseñaba fonética y él me enseñaba gramática. Después comenzamos a ir a la Universidad de Jujuy a enseñar quechua. Un día también me pidió ir a la radio. Por mi timidez, le decía que lo iba a hacer quedar mal, pero al final me animé a ir sola. Luego del primer programa me empezaron a llamar por teléfono, a felicitarme. Me di cuenta de que yo no debía tener vergüenza de ser quechua. Y seguí enseñando quechua por radio durante 15 años.

Así encontré mi identidad.

●●●

También empecé a vincularme más con los hermanos de San Salvador de Jujuy. Nos juntábamos dos veces al mes y formamos un grupo en el que la mayoría éramos quechuas que teníamos interés en conservar nuestra cultura, nuestras ceremonias.

Acá ya estaba Edilberto Soto De la Cruz, mi compañero de vida y de trabajo cultural. Su nombre quechua es Wanka Willka y significa Piedra de Lugar Sagrado.

Él venía de Perú y habla muy bien quechua puro, no como el que hablo yo, que tiene mezcla con aymara. Cuando vimos que era un pensador, que había estudiado Letras, le dijimos que se quedara, que nos ayudara a dar clases.

Yo estaba soltera, porque en el Hogar de la Joven no había tenido novio ni nada. Estaba dedicada completamente a las niñas porque quería darles un buen ejemplo. Cuando conocí a Edilberto ya tenía 40 años. Después quise tener hijos, pero por la edad ya no podía.

Con Edilberto me dediqué completamente a mi cultura y logramos ponerle personería jurídica al Instituto Qheshwa Jujuymanta, la organización con la que damos talleres de quechua y organizamos la Biblioteca Popular Aborigen “Rumi Ñawi” sobre cultura andina.

Con los ahorros de tantos años de trabajo ya había comprado un terreno en Alto Comedero en el que edificamos una casita.

La gente empezó a venir y empezamos a dar talleres de quechua para niños. El segundo piso está completamente dedicado a honrar la cultura andina que los dos amamos.

Ahora yo sigo dando clases de quechua y Wanka es escritor. Trabaja en el diccionario quechua y escribe todas las experiencias que hemos tenido en todos estos años de clases. Él ha traído su sabiduría que ha hecho tanto bien. Hemos ido a enseñar quechua, a hablar sobre nuestro idioma, a Tilcara y Humahuaca. Ya nos han llamado de Salta también para enseñar en profesorados, bachilleratos y primarias. También continúo enseñando en la tecnicatura de Jujuy y, aunque ya soy jubilada, me siguen llamando para dar clases particulares.

El trabajo en el Instituto Qheshwa Jujuymanta está un poco parado por la pandemia, pero de todas maneras seguimos enseñando quechua, la pachamama, damos clases de cocina, mostramos cómo hacer los tamales, cómo se prepara la variedad de picantes andinos... lo más importante es que enseñamos nuestra cosmovisión, nuestra identidad cultural.

Todos los que quieran participar son bienvenidos. Acá siempre hay un pedacito de corazón para compartir.

Ama qhella = Prohibido ser ocioso, vagabundo.

Ama llulla = Prohibido ser mentiroso.

Ama suwa = Prohibido ser ladrón.

Kay pachapi Tata Inti kanch'arichun tukuyninchejpaj
= En este espacio-tiempo,
el Padre Sol alumbre para todos. ●

“Mi sueño es vivir en una sociedad con derechos para todes”

Madeleine Valverde
“La Rosa Naranja” Asociación Civil

Yo tuve que llegar a Argentina vestida de varón. Y, con todo el dolor de mi alma, me había cortado el cabello para que me dejaran entrar al país sin discriminarme por ser una mujer trans.

Ya estaba acostumbrada, resignada a las violencias porque mi infancia nunca fue agradable. Desde que tengo uso de razón padecí maltratos, discriminaciones. La verdad es que no tuve infancia, más bien una vida terrible que recuerdo como un infierno, con agresiones de todo tipo y en todos los ámbitos. Buenos Aires no fue la excepción.

Si empezamos por el principio tengo que contar que nací en un pueblo muy pequeño del Perú llamado Chocope, el 31 de marzo de 1975, pero en realidad viví mi niñez en otro pueblo, Tintuco. Ahí estuve hasta los 14 años con mi padre Leónidas Valverde Reina y mi madre Paula Ramírez, más seis hermanos y dos hermanas.

Perú era, es, un país conservador, pero Tintuco era ultraconservador. Cumplía eso que siempre dicen: pueblo chico, infierno grande. En casa había violencia familiar, pero ni siquiera conozco bien todo lo que mi padre le hacía a mi madre.

Lo único bueno que recuerdo de esas épocas es mi abuela, la mamá de mi mamá. Era la única persona que estaba pendiente de mí, con la que más comunicación tenía, la compañía que disfrutaba porque me sentía contenida, pero partió cuando yo tenía seis, siete años.

El colegio era insoportable. No tenía la comprensión de nadie en la primaria y menos en la secundaria. Una profesora de educación cívica, por ejemplo, me retaba porque nunca quería presentarme con el uniforme de varoncito, que era un short corto. Me negaba por vergüenza, porque internamente ya sabía lo que yo quería ser y sentía incomodidad. No me sentía incluida en un sistema que exige un estereotipo de cuerpo, de modelos físicos.

Ya había descubierto mi identidad a los cinco años, cuando empecé a usar a escondidas las pinturas, los accesorios y el vestuario de mi madre. No sé si ellos se dieron cuenta. Lo que sí es que había mucha presión social. Y no es que quiera echar culpas. Llegué a entender que, por la falta de información, por la brutalidad e ignorancia que existía y sigue existiendo, no se acepta que una construya su propia identidad y que no sea dentro de las normas del sistema patriarcal varón o mujer cis.

Somos excluídes desde el hogar, la escuela, el trabajo, la sociedad y el Estado.

Por todo eso huí de mi casa a los 14 años. Crucé la frontera con Ecuador y ahí culminé mi quinto de secundario. Después volví a Perú, pero ya no a mi pueblo, sino a la ciudad de Trujillo. Comencé a buscar un nuevo futuro gracias a una cuñada que me ayudó a conseguir trabajo. Ella fue una de las pocas personas que supo entender mi situación, que me supo abrazar.

Allí hice todo tipo de capacitaciones para buscar una salida laboral, desde decoración para fiestas, ayudante de cocina y limpieza en una hostelería, hasta ayudante de zapatera y la tecnicatura de Farmacia.

Pero las violencias no terminaban. La sociedad peruana no acepta ver a una mujer trans caminando por las calles. No la respeta. No entiende de libertades, de identidades. No creo que ya hayan superado eso.

●●●

La opción de venir a Argentina apareció cuando colapsé por el hostigamiento que enfrentaba a diario en Perú: las burlas de la gente, los abusos de la Policía, de las instituciones que nos tratan como escoria, de los insultos de las personas que nos dicen que no deberíamos existir porque denigramos los géneros de hombre y mujer.

Ya estaba cansada, buscando cómo salir de Perú. Por esa época dos amigas decidieron viajar a Argentina. Era el año 2000. Ellas llegaron en marzo, pero una de ellas falleció en diciembre. Entonces la amiga que sobrevivió me dijo: “vente para acá, vas a tener una vida mucho mejor, se vive de una manera distinta”.

No lo pensé mucho. Viajé tres días y medio en autobús y llegué un 6 de enero de 2006. Desde el primer momento descubrí que migrar no tenía nada de agradable. No era cierto que acá teníamos más derechos y que se podía tener una mejor calidad de vida. Al contrario.

Para mantenerme durante esos primeros años estuve en situación de prostitución porque no encontraba empleo. Sobrevivir fue muy difícil. Ingresar en ese sistema fue terrible, espantoso. Me sentía como un objeto para el prostituyente que nos viene a consumir. Cuando volvía a casa, me metía una hora en la ducha y lloraba. No era el proyecto que yo quería para mi vida. Ser migrante y trans hizo que padeciera más. Todo era peor.

En 2012, después de tener una situación con la Policía, por fin pude encaminar mi vida. Empecé a conocer mis derechos, a interiorizarme en el ámbito de la militancia. Mi vida cambió poco a poco. Y conocí a una gran persona que hoy en día es mi esposo. José María y yo nos casamos en octubre de 2012. Él es la persona que me vino a acompañar, a sostener.

La militancia fue un gran apoyo, porque empecé a articular esfuerzos con una compañera muy amorosa, muy luchadora, Marcela Tobaldi. Éramos parte de una organización con bandera política, pero también nos la complicaban por nuestra identidad. Por eso, en esa época empezamos a tener un sueño que concretamos recién en 2017: fundar La Rosa Naranja, una organización que defiende los derechos de la población migrante travesti y trans. Ahí sigo siendo activista.

Yo podía entender a las compañeras que se nos acercaban porque también había sido víctima de exclusión. Me habían negado el Documento Nacional de Identidad, que es una herramienta muy importante y primordial para un ciudadane. Es lo que le permite acceder a políticas públicas. Quienes no tienen documento son excluides, no pueden organizar su vida cotidiana, su trabajo. Lamentablemente esa es una de las situaciones que más padecen les migrantes. Sin documento no tienes derecho a nada y la Policía te detiene sin motivos y te exige una identificación que no existe, que no tienes.

En 2009 a mí me habían abierto una causa judicial que representó la exclusión de mi persona, la negativa de mi DNI. Recién en marzo de 2021 la Dirección General de Migraciones se dignó a resolver mi situación migratoria, pero tuve que pasar por un proceso muy largo e injusto. Hasta me hicieron una carta de

expulsión en noviembre de 2012, pero seguí luchando. En 2014 fui solicitante de Refugio en la Comisión Nacional para los Refugiados. Por intermedio de ellos logré reconocimiento como refugiada en junio de 2019. Sólo así pude seguir reclamando el DNI. Mientras tanto, todo se me complicaba.

Por eso trabajo en el área de temáticas migratorias de La Rosa Naranja, porque, al haber padecido en primera persona todas esas violencias institucionales tuve que buscar aliades y contactos en la militancia y en las instituciones.

Me ayudaron la Comisión Argentina para Refugiados y Migrantes, el Ministerio de las Mujeres y el Frente de Orgullo y Lucha.

Ahora ya estoy en espera del DNI, pero las violencias no terminan: hoy tengo una precaria emitida por Migraciones que tiene mi nombre de nacimiento, no mi identidad. Mi lucha ahora es para que se retracten y que el DNI llegue con ese cambio. Y si no, seguiré peleando, porque ya no soy la misma Madeleine que llegó desinformada a Argentina.

Esa novata, ingenua, que venía cabizbaja, con pocos sueños y proyectos de lucha y que estaba agotada por las violencias que había padecido, sólo trataba de vivir el día a día. Hoy, mi vida ya no tiene nada que ver con eso. Aprendí a construir desde la militancia, a empoderarme como sujeta política, como ciudadana, a hacer valer mis derechos, a exigir que el Estado me respete. Es una construcción que me ha tomado mucho tiempo.

Sí, es cierto que Argentina es un país que está a la vanguardia en derechos para nuestra comunidad, pero en los hechos todavía es poco lo que impactan las leyes. Tenemos que intensificar el trabajo para que lo que se vota se lleve a la práctica, hay que seguir peleando para que se escuchen nuestras voces, nuestras necesidades, para que se recuerde que la esperanza de vida de nues-

tro colectivo es de 35 a 40 años. Tenemos que revertir estas condiciones y vivir con dignidad.

Mi sueño es vivir en una sociedad con derechos para todes, no solamente para unes, como es hasta ahora. Con los Kirchner obtuvimos derechos como el matrimonio igualitario y la Ley de Identidad de Género, y ahora con Alberto Fernández, el cupo laboral travesti trans. Era una de nuestras principales peleas militantes con La Rosa Naranja porque representaba los legados de las compañeras pioneras Diana Sacayán y Lohana Berkins. Desde esa herencia de lucha venimos construyendo militancia colectiva.

“Da mucha alegría compartir con otros”

María Magdalena Díaz Pantoja
Comedor merendero
“Todos por una sonrisa”

Yo manejo el comedor y merendero 'Todos por una sonrisa', que está en La Plata. Lo bautizamos así hace casi ocho años, un día de la primavera que rifamos varios nombres posibles. Ganó el que mi hija había escrito en un papelito.

Es una asociación civil que pertenece al barrio, no al Estado. Lo integramos un equipo de voluntarios, compañeros que apoyamos esta causa y que logramos ser independientes.

El comedor funciona de lunes a viernes, todo el año, a la hora del almuerzo. Ahora, a diario están viniendo unas 300 personas, a veces más. Vienen familias enteras, no tanto personas en lo individual, porque hoy en día está tan mal la situación que cada quien busca comer donde puede.

También celebramos las festividades del Día de la Madre, del Niño, le abrimos las puertas a todo el mundo y, en estas circunstancias tan difíciles de la pandemia, hasta estamos ayudando a expandirse a otros comedores de La Plata.

Con tanta necesidad, pues hay que cocinar muchas porciones. Los insumos los conseguimos a través de donaciones y con un poco de ayuda oficial. Nos mandan verduras, arroz y pastas. En el barrio saben que el comedor existe y que todo lo hacemos a puro pulmón, por eso le tienen respeto, porque saben que no hay un negocio político detrás.

Es un proyecto que ayuda a la gente y eso se ve porque, cuando podemos, le damos a la gente una bolsa de azúcar, una leche, una fruta para que se lleve.

Es un trabajo que me da felicidad porque me cambió la vida, una vida que siempre ha sido muy difícil.

•••

Nací en Perú hace 41 años, el 19 de marzo de 1980. Vivía en Ancash, un lugar muy tranquilo, pero de muy niña nos mudamos a Lima, que es hermosa, con toda la familia: mi mamá Maximiliana, mi papá Raúl, que es maravilloso, y mis cinco hermanos.

Lima sufrió estragos en los años 80 porque se vivía el tiempo del terrorismo, pero, de todas formas, como no había internet, podíamos correr y jugar afuera, o ir al mar. Yo siempre fui muy inquieta, siempre estaba haciendo algo y me metía en las casas de los vecinos. Es como que la vida me estaba preparando para lo que iba a hacer ya de grande.

Nosotros vivíamos en unas carpas con esterillas. Eran casas provisionales nómadas, porque formábamos parte de un grupo de muchas familias que profesaban la religión evangélica. Cada tanto buscábamos un lugar para irnos todos juntos, para vivir en comunidad. Por eso estaba acostumbrada a ver gente. Eso me hizo ser extrovertida y muy alegre. También cantaba en la iglesia, buscaba leña, traía agua del río. Los sábados nos juntábamos todos afuera y organizábamos una feria.

Esa experiencia me dejó alegría, espiritualidad. Es un sello del destino. Lo agradezco porque, a pesar de que tenía sus cosas difíciles, como cualquier religión rígida, también había otros aspectos lindos, como la fe inquebrantable y el amor.

Así vivimos hasta el año 92. Luego nos fuimos. Yo ya entraba en la adolescencia y quedé marcada por muchas cosas, sobre todo porque fui mamá a los 14 años y ya no viví la etapa de la juventud. Estuve más con los pañales, con una cotidianidad que me impidió estudiar. Nomás llegué a estudiar hasta primero de secundaria. A los 17 años ya tenía un varón y una nena.

Mi motor desde siempre fue el trabajo, porque ya tenía una familia y no dejaba de hacer cosas por mis hijos. Los peruanos somos muy querendones, cálidos. El amor de madre está presente. A los 18 años pude empezar a trabajar como trabajadora doméstica y me di cuenta del potencial que una podía tener. Entregaba mi vida.

El trabajo me dignificó porque, gracias a mi remuneración, empecé a generar mi propia autonomía y eso me permitió que a los 22 años me separara y rompiera la cadena que tenía con el padre de mis hijos.

A los 24 años tuve a mi tercer hijo con otra pareja, pero ya era más independiente porque tenía muchos trabajos y juntaba un buen sueldo. A pesar de todo, no me sentía feliz. A los 29 sentí que otra vez no había elegido a la persona correcta y que tenía que tomar una decisión fuerte. Vivía una tormenta de emociones, nada me llenaba. Era obvio que tenía que separarme.

En esa época decidí cambiar mi vida y venir a Argentina. Era 2009. Tenía una prima que vivía acá desde hace más de 28 años y que había podido establecerse. La llamé y le dije que necesitaba irme de Perú. Me dijo que sí. Me ayudó, me explicó qué micro tenía que tomar. Yo todo lo anotaba porque entonces no había WhatsApp ni nada y me daba miedo perderme.

Mis hijos se quedaron con sus papás. Fue la decisión más fría y difícil que tuve que tomar porque todo tiene un precio en esta vida. Todos los actos tienen consecuencias.

Una vez en Buenos Aires, me puse a estudiar enfermería. Trabajaba y estudiaba. Iba a un country a limpiar. Sentía que estaba viviendo una aventura del otro mundo y que, de eso, algo bueno iba a salir.

Yo seguía trabajando para poder volver a Perú por mis hijos, para traérmelos. Pude hacerlo después de tres años, pero cuando llegué allá me encontré con que mi hija había vivido mi misma historia: a los 14 años ya tenía un bebé, y yo no sabía nada. Ella no tenía pareja.

Ahí fue cuando tomé la decisión correcta de traer a mis tres hijos y a mi nieto. Eso nos ayudó a ser fuertes, a consolidarnos como familia. Fue lo mejor que hice en mi vida.

• • •

Me traje a mis hijos y a mi nieto a vivir en los Altos de San Lorenzo, que fue uno de los barrios más afectados por las inundaciones que hubo en La Plata en 2013. Hubo muchas muertes y muchos damnificados perdimos las casas.

Al principio se metió un movimiento político que no quiero ni mencionar y que supuestamente nos ayudaba a organizarnos con el reparto de desayunos, pero luego, cuando empecé a mantener un comedor, ya no me dieron cabida. Me di cuenta de que estar con políticos no era el camino, que había muchas disputas que distorsionaban los esfuerzos.

Empecé una lucha conmigo misma para decidir cómo continuar el trabajo que ya había comenzado. Entonces decidí dejar de trabajar para dedicarme por completo a esta tarea. Ya van a ser casi ocho años y estoy muy contenta porque pude romper con todo tipo de trato político y ser independiente de gobiernos.

Ahora mi familia está compuesta por cuatro hijos y dos nietos. Sólo José, el de 27 años, sigue en Perú, pero Nicole, Sebastián y Sofía están acá, junto con mis nietos Gabriel y Milagros. Sebastián me ayuda con el comedor, ya tiene 16 años.

Entre todos hemos aprendido, nos hacemos el aguante. Somos una familia.

●●●

El trabajo en el comedor empieza a las ocho de la mañana, cuando prendemos el fuego y ponemos el agua para el café o el mate. Los cinco compañeros que estamos en la cocina le echamos muchas ganas porque ya sabemos que cada jornada de trabajo es intensa.

Para animarnos primero ponemos música y, entonces sí, empezamos a cortar cebollas, papas y zanahorias. Si no tengo arroz, hacemos fideos. Tenemos que preparar casi 40 kilos de cada comida para que alcance. Un compañero viene a hacer pancito casero. Tratamos de hacer guisos consistentes, comida sana. Hoy, por ejemplo, hicimos un estofado que lleva papa, cebolla, batata y calabaza, calentito para el invierno.

A partir de las doce ya está el almuerzo. La gente viene, come, se va y luego nos ponemos a limpiar. Pasamos trapos, lavamos las ollas, que son muy grandes y muy pesadas. Dejamos todo impecable y nos despedimos de los compañeros hasta el día siguiente, que es vuelta a comenzar. Si las provisiones alcanzan, también damos una merienda en la tarde.

Es mucha energía la que hay que invertir porque, como el comedor está en mi casa, todo el tiempo me tocan la puerta: si no es una madre que quiere un poco de leche, es el papá que necesita algo.

Aunque tanto trabajo agota, también es hermoso porque siento independencia, autonomía, fuerza, constancia, fortaleza, sencillez, humildad, compañerismo, unión, alegría. Todo lo que compartimos con el barrio también está marcado por tristezas, por llantos y problemas, porque ya sabemos que todo eso también es la vida.

Siento que estoy en una etapa hermosa porque, si volteo para atrás, lo que veo es un amor y una energía muy fuerte que viene y va porque yo doy y recibo. A veces me pongo triste de pensar en los vecinos que se fueron por el Covid, en la abuela que se rompió la cadera y no puede venir al comedor.

Ahora sí estoy muy orgullosa de mí, porque hice algo diferente en la vida y pude darle un buen ejemplo a mi familia. He pasado tantas cosas acá, le entregué mi vida a este lugar. Eso queda para siempre. Es algo que va a trascender.

Cuando veo las caras de las personas, me da alegría. Es enriquecedor pensar en los otros, compartir con los otros. Eso es lo más importante. Más ahora, que con la pandemia se volvió a demostrar que todos somos vulnerables y que en cualquier momento podemos irnos.

Siento que estoy del lado correcto y quiero seguir teniendo esa fuerza para seguir luchando por nuestros derechos. Como no transo con políticos, a veces a quienes hacemos proyectos solidarios nos ponen palos en la rueda. Y eso que funcionamos más que el Estado porque estamos disponibles las 24 horas para los vecinos.

A veces una nena viene corriendo a decirme que están golpeando a la mamá, o un vecino necesita una ambulancia. Esas cosas me matan, pero no dejo de tener esperanza de encontrar soluciones. Las cosas buenas tarde o temprano llegan. Solo hay que ser fuertes, constantes y hacer lo correcto porque todo lo que das, vuelve.

Estoy en una etapa de gratitud, de reírme más. Siento que he trabajado mucho. Ya no soy esa chica que llegó a Buenos Aires en 2009 sola, apenas con una mochila en la espalda. Pude soltar cadenas de sufrimiento y tener una vida mejor.

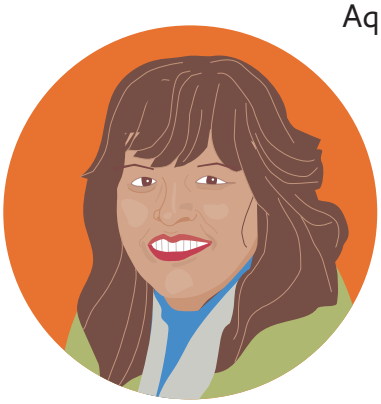
“Aprendimos a valorarnos como pueblos originarios”

Mery Lucas

“Comunidad Indígena Intercultural Ayllu”

Conocer nuestra cultura es un camino de trabajo constante, nunca termina. Yo lo comencé en Argentina, años después de haber venido a vivir acá desde Bolivia. Cuando llegué era una persona totalmente diferente: una adolescente de 18 años que no apreciaba mi música, mis costumbres, ni mis raíces.

Quién iba a decir que migrar tan lejos me enseñaría a valorar mis orígenes.



Aquí mi vida ha tenido un giro muy importante. Me permitió pensar en cuestiones fundamentales de mi crianza. Por ejemplo, me hubiera gustado aprender a hablar quechua y aymara con mis padres, que nos enseñaran más de nuestra historia y nuestras costumbres, pero ellos sólo hablaban sus idiomas entre ellos. Con nosotros, sus hijos, usaban el castellano. Lo bueno es que entiendo ambos idiomas.

Al desconocer tantos aspectos de nuestra cultura, recién ahora entiendo cosas que hacía el papá y que para mí eran un misterio porque él no nos las explicaba, como elegir hojitas de coca y enterrarlas para empezar a trabajar la tierra. Él le estaba pidiendo permiso a la Pachamama. ¿No es hermoso?

●●●

Nací en Oruro, en el año 77, en una familia grande compuesta de nueve hermanos, más mi mamá Filomena Mendoza y mi papá Toribio Lucas, que ya falleció. Papá era minero.

Cuando yo tenía ocho años, la familia se dividió. Mi hermano mayor, que ya era profesor, nos llevó a mí y a mi hermana más chica a vivir con él y con su esposa a Ichalula, un pueblo muy pequeño y alejado de todo, y en donde ya trabajaba en una escuela. Era una forma de ayudarle al papá porque éramos muchos hermanos, mucho gasto.

El resto de la familia se fue a la ciudad de Villazón. Me da mucha tristeza recordar esa época porque sufrimos mucho por la separación. Mis hermanos empezaron a trabajar ahí, a hacer pasar cosas en la frontera cargándolas en la espalda o llevándolas en un acoplado. Iban de la Quiaca a Villazón.

Años más tarde todos volvimos a reunirnos en Huari. Allí estudié parte de la secundaria y terminé en Mina Totoral. Luego me metí a estudiar el profesorado de Educación Física en la Escuela Normal de Caracollo, pero una vez que hubo un paro indefinido le pregunté a mi mamá si podía ir unos días a Villazón, a ver cómo estaba nuestra casa de allá. Total, no había clases, no tenía nada que hacer.

Cuando fui para allá, me encontré con el tío Esteban, un primo de mi mamá que justo se estaba yendo a vivir a Buenos Aires y que me preguntó si no quería irme con él. Le consulté a mi mamá, pero me dijo que la decisión era mía.

No lo pensé mucho y me vine. Tenía 18 años y, aunque una de mis hermanas ya vivía en Mendoza, irme a otro país jamás había estado dentro de mis planes. Sólo quería terminar de estudiar y trabajar en escuelas de Bolivia.

Sé que muchas personas migran para buscar un mejor futuro, pero no fue mi caso. Mi historia es rara porque llegué a Buenos Aires sin ningún plan. No buscaba nada. No esperaba nada. Nomás era como la aventura adolescente de estar en Argentina. Pura emoción.

●●●

Al llegar, me quedé en la casa de un primo que vivía en Flores. Él salía a trabajar como a las cinco de la mañana y volvía a las nueve de la noche. Para mí era terrible, era una sensación de soledad en esta ciudad inmensa, porque yo venía de un pueblo muy chico.

Además, tantas cosas eran tan diferentes. Por ejemplo, la alimentación. En el campo teníamos nuestros propios productos naturales, sembrábamos. No éramos ricos, pero comida nunca nos faltó. Cariño, tampoco.

Por eso, cuando vi acá las arvejas y los tomates enlatados no podía entender cómo llegaban las frutas y verduras a esas latas, por qué la gente compraba la comida así. Tampoco conocía los fiambres, me parecían una cosa muy rara, igual que los supermercados y las sopas de sobre. O que vendieran el pan por peso y no por unidad. Me sorprendía que acá no hubiera tierra y que todas las calles de Flores estuvieran asfaltadas. Eso era nuevo para mí.

Otra diferencia era que nunca había trabajado para otras personas. Nosotros en mi familia no teníamos ningún patrón, pero resulta que una prima que trabajaba en una casa en Villa del Parque, con cama adentro, tuvo que volver a Bolivia de urgencia, y me quedé en ese trabajo. Yo no sabía de qué se trataba. Ni siquiera conocía cómo funcionaba un lavarropas porque nosotros, en mi casa, lavábamos la ropa en el río. Lo bueno es que aprendí pronto a manejar los aparatos.

En ese trabajo podía salir los fines de semana, pero, como todavía no tenía documento, mi patrón me decía que mejor no saliera sola, por si me agarraba la Policía. Entonces mi primo a veces iba a buscarme y podíamos salir a pasear.

Luego mi hermana Emma, que vivía en Mendoza, vino a Buenos Aires y se quedó a vivir acá. Ella ya sabía manejarse en las ciudades, así que buscó un trabajo de costura para acompañarme, para que yo ya no estuviera sola. Los fines de semana pasaba por mí.

Al año siguiente las dos fuimos de vacaciones a Bolivia, pero yo ya era otra persona. Por todo lo que había extrañado, valoraba más a mi familia, mis comidas, mi música, mi gente, el ambiente. Pero al trabajar me había acostumbrado a tener mi propia plata.

Por eso nos volvimos, aunque esa segunda vez entramos por Chile y llegamos a Mendoza.

• • •

En Mendoza empecé a trabajar otra vez con cama adentro. Duré en esa casa casi 15 años. Después conocí a mi marido Wilfredo Juárez, que también es de Bolivia.

Allá por el año 2002, empezamos a armar el Ballet Los Chuños Danzas Andinas. Queríamos mostrar distintas danzas de Bolivia. Ese año también empecé a trabajar como promotora del Banquito Popular de la Buena Fe, que era un programa del gobierno nacional que daba créditos a personas con pequeños emprendimientos.

Así arranqué a trabajar por el barrio y a conocer a gente de la comunidad boliviana, pero todo cambió cuando Macri entró como presidente, porque el Banquito dejó de existir.

Pensando qué más podíamos hacer ahora que ya nos habían quitado ese proyecto, algunas mujeres que nos juntábamos en ese entonces decidimos no perder el trabajo colectivo que habíamos construido.

Así que conformamos el Ayllu de Guaymallén. Es una comunidad intercultural porque somos quechuas, aymaras y también hay hermanos peruanos. Todos tenemos nuestras raíces originarias. Tratamos de conservarlas y celebrar nuestras costumbres y ceremonias ancestrales que se realizan en varias épocas del año.

Desde entonces no hemos parado. En mi caso, todos los días aprendo de las mujeres de nuestra comunidad, porque muchas veces dudaban de sí mismas. Las escuchaba decir: “no somos profesionales, ¿qué podemos enseñar?”. Pero sí. Tienen un conocimiento ancestral que es el hilado y el arte del tejido. Y eso, no cualquiera lo sabe. Lo importante, como siempre nos decimos, es que no debemos sentirnos menos ni más que nadie.

Uno de los resultados de ese proceso de reconstrucción de nuestra identidad es que ya no nos presentamos diciendo: "soy Mery Lucas, boliviana", sino: "soy Mery Lucas, quechua y aymara", porque aprendimos a valorarnos como pueblos originarios. Antes no nos identificábamos así por miedo a la discriminación. Ahora, en cambio, nos enorgullecemos.

En el Ayllu de Guaymallén queremos transmitir y contagiar a muchas personas. Nuestro objetivo y sueño es tener un lugar propio para poder enseñar el idioma, la música y danza andina, la comida, el hilado y tejido. Todo lo que podamos rescatar de nuestras mujeres mayores para transmitirlo al resto de la comunidad. Por eso recaudamos fondos de todas las formas que se nos ocurren. A veces hasta vendemos empanadas. Estamos ahorrando para cumplir nuestro sueño de tener un espacio porque por ahora alquilamos el que tenemos.

Gracias a que nuestro trabajo se ve y repercute en la comunidad, la organización Nuestra América Movimiento Popular Mendoza se interesó en colaborar con mercadería para el pequeño merendero que tenemos y que se llama Wawa Huasi. Significa "la casa del niño". Lo hacemos los lunes a las cinco de la tarde. Entre niños, jóvenes y adultos, somos como 55 personas las que terminamos juntándonos. A veces también preparamos cenas. Y los viernes se da apoyo escolar. También hacemos talleres de hilado o charlas de salud.

Otra cosa buena es que en 2011 empecé a trabajar como agente sanitaria en el barrio. Dos años más tarde, como el Ayllu ya era reconocido a nivel nacional, me convertí en agente sanitaria indígena del Ayllu de Guaymallén. Ahora voy al centro de salud dos veces por semana. Mi tarea es hacer seguimientos a mujeres embarazadas, gestionar turnos, controlar las libretas de vacunación de los niños, entregar leche, acompañar a migrantes que solo hablan el idioma quechua y ser su traductora.

Todo lo que hago forma parte de una historia de cambio y de lucha en comunidad que es muy satisfactoria y que me hace sentir orgullosa, sobre todo tomando en cuenta que, cuando llegué a Argentina, nada de esto estaba en mis planes.

“Las migrantes nos empoderamos al compartir nuestras culturas”

Rocío Mazuelos Huaman
Organización “Sabores y Saberes sin Fronteras”

Llegué a Argentina cuando tenía 21 años, obligada por la situación de violencia que se vivía en Perú.

Eran los años 90 y a los jóvenes querían obligarnos a estar de un lado o del otro. No te dejaban ser neutral, y esa era mi posición porque no compartía ninguna de las visiones de izquierda o derecha.

La idea de vivir en Argentina siempre rondó porque desde chica, cuando iba al colegio, lo veíamos como el país de los sueños. Un país hermoso que tenía los mejores médicos, los mejores enfermeros. Para nosotros, era como el sueño americano.

Ya de grande, tenía a mi enamorado, que hoy es mi esposo. Se llama César Raúl Cucho Escobar. Cuando terminó de hacer el Servicio Militar su vida empezó a correr peligro por la situación de violencia que vivía el país.

Una de sus hermanas ya se había radicado en Argentina, así que él decidió viajar en enero de 1990. Yo lo alcancé en marzo de 1991 porque estaba embarazada y necesitaba salir de Perú para darle a mi hija Jemima Rocío un futuro sin violencia.

Allá todo era caótico. Por eso me animé a dejar a mi bebita de tres meses al cuidado de mi mamá mientras encontraba trabajo y me establecía en Buenos Aires.

Hoy me arrepiento. Fue un gran dolor haberla dejado.

• • •

Mi vida de chica también había sido complicada.

Nací en el departamento de Junín, en la provincia de Huancayo, el 21 de marzo de 1970. Mi padre se llama Alejandro, era del puerto de Callao, y mi mamá, Zoila, venía de la sierra. Tuvieron tres hijas y un varón. Yo soy la segunda.

Mi papá era futbolista, iba de acá para allá todo el tiempo y ahí andábamos nosotros con él, hasta que dejó de jugar y se fue a trabajar a la selva como operario en Electroperú. Ahí estuvimos hasta que yo tuve 13, 14 años. Luego nos fuimos a Huancayo y ahí terminé el secundario, estudié enfermería, conocí a mi novio, me casé y me vine a Buenos Aires.

Ni bien llegué, me di cuenta de que era bien difícil vivir acá, y no sólo por los papeles. Para empezar, el viaje tardaba cuatro días por tierra. La pasé muy mal porque, en esos años, los inmigrantes éramos muy perseguidos.

Mi esposo y su hermana me habían conseguido trabajo en una casa de familia con cama adentro. Así empecé mi vida en otro país. Trabajaba todos los días y solo salía un rato los domingos para ver a mi esposo. Al año siguiente pude regresar por primera vez a Perú para ver a mi hija, pero todavía tardé seis meses más para poder traerla conmigo.

Desde que llegué, hace ya 30 años, siempre trabajé en casas de familias, aunque la verdad es que tenía otros sueños, otras perspectivas. No digo que sea denigrante, es un trabajo común y corriente, pero mi idea era trabajar de secretariado ejecutivo o auxiliar de enfermería. No se me dio la oportunidad por la falta de documentación.

Además, algo que sentí todo el tiempo fue la discriminación. En esa época, si a los migrantes nos detenían en la calle sin papeles, nos mandaban a carceletas durante 24 horas, Nos encerraban por averiguación de antecedentes penales.

Había mucha persecución, personas que te agarraban en la calle y te mostraban a los demás y gritaban: “¡estos son los que roban, estos son los chorros!”.

Por suerte todo eso comenzó a terminarse ahí por el año 2000. Después de tantas peleas que tuve en Migraciones y gracias a tratados de derechos humanos todo se facilitó. Ahora ya es muy sencillo sacar la documentación argentina, pero yo tuve que esperar 18 años y tener acá a mi segundo hijo, César Raúl, para poder regularizarme.

Desde que llegué no nomás me dediqué a trabajar y a sacar mis papeles. También me metí de lleno en proyectos comunitarios.

●●●

Hace ocho años fundamos Sabores y Saberes de la Frontera, una organización que trabaja en mi barrio, la villa 1-11-14, que ya tiene nombre propio: Barrio Padre Ricardelli.

En su origen se pobló de migrantes que no podíamos comprar casas. Cuando yo llegué en el año 1992 éramos como 500 personas. Ahora ya vivimos acá más de 70 mil.

Aquí por fin pude tener una piecita para vivir con mi hija. En el barrio también encontrabas gente con tus mismas costumbres porque venían de tu país. Era como una casa grande donde, entre nosotros, no nos discriminábamos.

Siempre tuvimos que luchar por la falta de luz, la falta de agua o cloacas, pero al mismo tiempo empecé a darme cuenta de que la gente de cada país se encerraba en su propia cultura. Eso no generaba tanto compañerismo. Y lo necesitábamos.

Pensando en qué podíamos hacer para unirnos, concluí que una buena opción era la comida. Entonces busqué a mujeres de Bolivia, Chile, Paraguay y Argentina, y les propuse juntarnos para conocer sus bailes, su música, su cultura, su comida. Así nació Sabores y Saberes de la Frontera.

Después de todo este tiempo, si ahora me piden preparar una sopa paraguaya, la hago, pero a cambio también te enseño a comer ceviche. Antes me decían: "¡qué asco! pescado crudo". O la sopa de maní, que es boliviana. En realidad, son comidas muy ricas, nomás hay que aprender a saborearlas.

Valió la pena conocer tantos platillos. Y lo mejor es que las mujeres unificamos potencias, porque los hombres son muy machistas. A través de Sabores y Saberes de la Frontera enseñamos a las mujeres para que vendan salchipapas o papas rellenas. Así ganan su dinero y les pueden decir a los hombres: "a mí no me mandas más".

No nos quedamos nomás en el tema de la cocina ¿eh? También buscamos el apoyo de psicólogos o de ginecólogos para hacer mamografías, el papanicolau, para tratar enfermedades de la mujer y violencias machistas.

La base es empoderarnos al compartir nuestras culturas. Estamos muy comprometidas.

●●●

La verdad no me siento identificada con el término "feminista" porque también vienen hombres que cocinan y, a veces, son mejores que nosotras.

Hay cuestiones de empoderamiento, de autoestima, que no tienen que depender de ser feminista. Si una se dice a sí misma que vale, entonces una se la cree, lo acepta y ahí vienen los cambios para ponernos más fuertes y valientes y saber que somos capaces.

Creo que todos nacemos con un don y, a veces, si nosotras no lo sabemos, alguien puede ayudarnos a descubrirlo.

El proyecto lo iniciamos ocho mujeres de diferentes nacionalidades. Después nos fuimos multiplicando. Tuvimos apoyo del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires y empezamos a ir a otros barrios populares a contar nuestra experiencia para que otras mujeres creen vínculos, se conozcan, sepan de dónde vienen y conserven y compartan sus culturas.

Ahora en Sabores y Saberes de la Frontera ya somos 45 compañeras. Todavía no tenemos personalidad jurídica pero aun así seguimos trabajando todos los días.

Cuando empezó la pandemia, el padre Juan, de la Parroquia Madre del Pueblo, nos ayudó a poner un comedor comunitario en el que le estamos dando de cenar a la gente de la calle de lunes a viernes a partir de las siete de la tarde. En los días más críticos llegamos a 500 personas. Hoy, junio del 2021, andamos entre 250 y 280 raciones diarias.

Los insumos los brinda el padre Juan. Nosotras nos dedicamos a cocinar y a atender a la gente que viene. Todo el tiempo me esfuerzo para inventar platos sabrosos porque a veces la gente no sabe comer bien la polenta, la lenteja. Intento hacer potajes ricos, que tengan mixtura de sabores. Hago variedades de arroces que me dicen que nunca los han comido. A toda la comida trató de ponerle los sabores que he aprendido de mi Perú, pero también de Bolivia, de Paraguay.

Por ejemplo, a un guiso de arroz común le pongo su zanahoria y azafrán. Le invento lo que puedo. También, si tengo los ingredientes, le pongo arveja y papa, le meto verduras que un guiso normal no llevaría. Y la polenta la preparo con caldo de verduras, no nada más con leche, así queda más nutritiva.

A veces el padre se enoja de broma porque me dice: "ahora vas a querer que te traiga cilantro, ajinomoto y todas esas cosas que usas", pero le digo que con eso trato de ponerle el sabor rico. No se trata de hacer creer que con un puré de tomate y pollo ya se puede hacer una buena salsa. No, no. A eso le tengo que echar su ajo, su zanahoria rallada y sus arvejitas para que sea potente. Yo no le voy a dar a la gente cualquier cosa para comer.

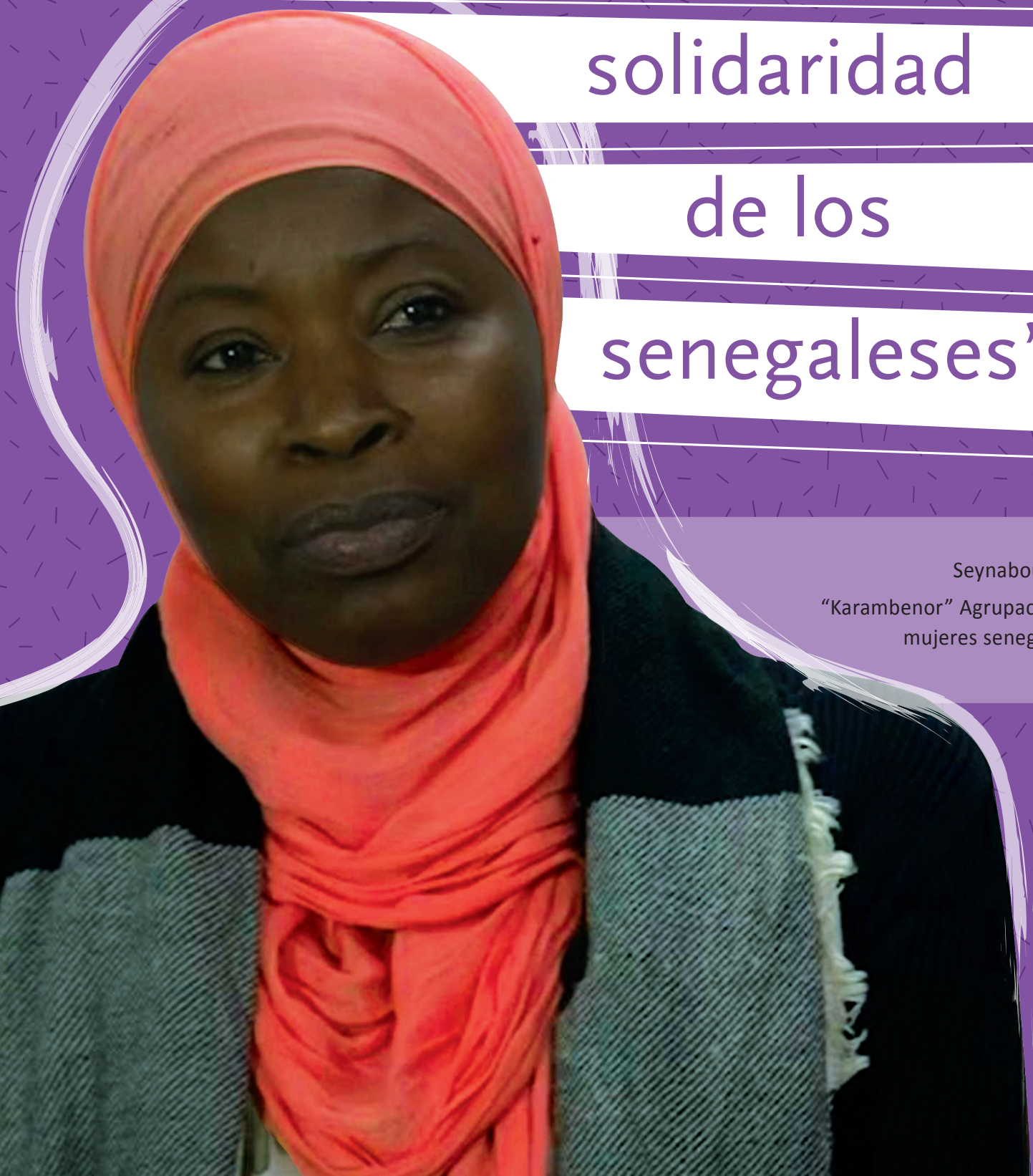
Abajo de mi casa hay dos piezas grandes. Ahí tengo la cocina, ollas y cosas que me donan o regalan. Ya pude armar una cocina grande. También la usamos para las reuniones con especialistas, con doctoras con las que hablamos de nuestros temas. Es un espacio de contención. Antes de la pandemia también estábamos dando clases de cocina. Por todo lo que hacemos en el barrio, nuestra labor es muy reconocida.

Y yo me siento muy feliz haciendo esto. Me siento viva.

Me doy cuenta porque, si estoy enferma o tengo problemas, todos los males se me olvidan en cuanto me pongo a trabajar en Sabores y Saberes de la Frontera. Como migrante me siento muy feliz de haber venido a un país nuevo, a un país noble. La verdad es que Argentina da muchas oportunidades y yo estoy muy agradecida.

Claro que extraño a mi Perú, pero este ya es mi segundo país. Y acá me voy a quedar.

“Me siento muy orgullosa de la solidaridad de los senegaleses”



Seynabou Sane

“Karambenor” Agrupación de mujeres senegalesas

Nací en Senegal un 31 de enero de 1972. Mi vida allá era una vida normal, no éramos ni ricos ni pobres.

Vengo de una familia de gente trabajadora que luchaba para salir adelante. Somos nueve hermanos. Yo soy la más grande de tres mujeres y seis varones. Mis padres ya fallecieron y mis hermanos están repartidos: una en España, uno en Italia y el resto sigue en Senegal.

De mi infancia en Dakar recuerdo la vida en casa con mis hermanos. También recuerdo mucho a mis padres. Eran personas que salían a trabajar día a día para mantener a su familia en buenas condiciones. Todos sabemos que allá la vida no es fácil.

Mi papá trabajaba en una fábrica y mi madre comerciaba. Ella tenía un puesto de verdura en un mercado del barrio. Era un negocio que había empezado desde abajo, ya que primero vendió fruta de estación en la entrada de la casa familiar.

En África se vive un poco distinto a Argentina. Las costumbres son diferentes porque, por ejemplo, nosotros vivíamos en una casa grande en la que, además de mis hermanos, también estaban mis primos y mis tíos.

No es una vida de mucho encierro como acá, sino más bien abierta. La gente se va por las mañanas a sus trabajos y los chicos, si no tienen que ir a la escuela, salen a jugar sin la preocupación de los padres por saber en dónde están sus hijos. Es una vida en comunidad, entre los vecinos nos cuidamos. Cuando tus hijos están afuera tú estás tranquilo porque sabes que alguna persona adulta está vigilando. En cambio, aquí no se me ocurriría dejar a mi hijo chiquito jugando afuera sin mi presencia.

Cuando vivía allá, cursé dos años en la Facultad de Derecho de la Universidad de Dakar, pero no pude seguir con mis estudios por problemas económicos. Encontré un trabajo al que me dediqué un par de años, pero también lo tuve que dejar porque tenía que cuidar a mi mamá que tenía problemas de salud.

Ella falleció en 1999. Ese mismo año me casé con un hombre que decidió establecerse en Argentina. Por eso, a principios del año 2000 viajé a Buenos Aires. Tenía 27 años. Vine para formar la familia que tengo hoy.

La verdad es que el cambio de país fue totalmente brusco. Yo había estado toda mi vida en Senegal, no conocía ningún otro lugar porque ni siquiera viajaba

por el interior del país. Todo era tan diferente.

Viajé de Dakar a Madrid y de ahí a Buenos Aires. No me olvido de que, al llegar, sentí otro olor; no feo, sino más bien extraño. No lo llego a explicar claramente. Era una sensación mía: el aroma de otra tierra.

Mi esposo se llama Abba. Él había salido, como salen todos de Senegal, para buscar mejores condiciones de vida, para probar suerte porque allá no le iba bien. Al principio pensaba irse a Estados Unidos, pero, como no era tan fácil llegar hasta allá, planeó viajar primero a algún país de América Latina, a ver qué pasaba. En Buenos Aires encontró una vida estable, un trabajo en una fábrica automotriz, y se quedó.

Los primeros años fueron un poco difíciles para mí porque no tenía conocidos. En esa época no había tantos senegaleses como ahora. Me sentía sola. Mi marido salía a trabajar y yo me quedaba dando vueltas en la casa.

Fue muy difícil, la verdad. La soledad y la nostalgia te matan.

Yo creo que no es fácil dejar tu país y empezar de cero en otro. Todas las historias son diferentes, por supuesto, pero a mí la nostalgia me marcó mucho. Estaba acostumbrada a convivir con mis hermanos, con mi familia, a hacer una vida en comunidad y acá, en cambio, para hablar con mi gente tenía que viajar desde San Telmo hasta Once, en donde había cabinas telefónicas con tarifas especiales. Desde el teléfono fijo de casa no podía llamar porque era muy caro. El problema era que, a veces, la red en Once no andaba bien y eso implicaba volver a casa sin haberme comunicado con mi familia.

Por carta era todavía peor porque tardaban un mes en llegar. Lo bueno es que hoy con el WhatsApp se soluciona ese problema.

●●●

De la militancia o el compromiso social, pues yo digo que a veces uno no elige, sino que las condiciones hacen que gente como ustedes, estudiantes y otras personas te busquen para sus entrevistas porque llevas años en el país y porque, dentro de todo, manejas bien el idioma español.

Soy presidenta de una asociación de mujeres del sur de Senegal que se llama Karambenor. Significa "ayudarse entre sí" y fue creada en 2012. Varias de nosotras empezamos a juntarnos años antes, pero éramos muy pocas y no daba como para formar una organización. A medida que fueron llegando más mujeres, creció nuestro deseo de formar la asociación. Y lo pudimos concretar.

Todo eso fue ocurriendo porque a mí también me gusta estar, ser parte de un trabajo colectivo y hacer todo lo posible para dar a conocer la cultura de mi país.

El objetivo de Karambenor es ayudarnos mutuamente, participar en la divulgación de la cultura senegalesa en particular y de la africana en general, pero también, en la medida de lo posible, participar en el desarrollo de nuestro país Senegal.

Las actividades de Karambenor eran muy variadas, aunque con la pandemia nos pasó lo mismo que a todos, tuvimos que hacer una pausa casi total.

Antes hacíamos reuniones mensuales. Como no tenemos una sede, organizamos rondas entre las integrantes de la asociación para decidir, a través de un sorteo, en qué casa nos vamos a juntar para hablar de nuestros proyectos, buscar soluciones a nuestros problemas y vivir unidas nuestra cultura.

También organizamos eventos en los que, además de buscar fondos, mostramos distintos aspectos de nuestro país.

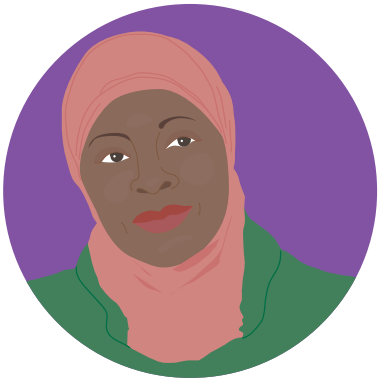
Me siento orgullosa de la solidaridad que existe dentro de la comunidad senegalesa porque, cuando uno está en dificultades el resto se preocupa y de ahí sale la ayuda en busca de soluciones. Es una faceta que me gusta de mi comunidad.

Con lo de la discriminación, pues no somos una excepción, se vive como en todo el mundo. También la sufrimos, cada uno se defiende como puede, aunque claro que es algo incómodo, feo. Ojalá algún día logremos erradicar la discriminación, confío en que luchando como lo hacemos seguro la situación irá mejorando.

●●●

Cambié mucho en estos 20 años. Cuando llegué tenía demasiada timidez, pero hoy logré vencerla en gran parte. Por ahí antes, frente a ciertas agresiones verbales, no reaccionaba porque pensaba que simplemente no valía la pena, pero a medida que aprendí el idioma y entendí a la gente, fui capaz de defenderme a mi manera.

Lo más importante de mi vida en Buenos Aires ha sido mi familia. Tener la posibilidad de mandar a mis hijos a la escuela, ver cómo crecen, todo eso es muy reconfortante.



También valoro la forma en que se organiza la comunidad senegalesa y cómo, a pesar de no tener representación diplomática acá, se logran solucionar gran parte de los problemas de los compatriotas.

Lo que más quisiera hacer en este momento es terminar el trámite para que Karambenor ya tenga la personería jurídica, pero quedan pendientes algunos pasos más. Sería genial tener un espacio propio para realizar nuestras actividades y mostrar lo que es la cultura senegalesa en todos sus ámbitos.

Ahora trabajo en la Comisión Nacional de Refugiados donde, entre otras tareas administrativas, hago de intérprete a mis compatriotas que no hablan bien el español.

Además, siempre trabajé como comerciante. Tenía un local, pero tuve que cerrarlo por la pandemia. De todas formas, sigo vendiendo ropa africana por internet y a eso me dedicaré hasta que tenga la posibilidad de hacerlo.

En todo este tiempo volví dos veces a Senegal. El primer viaje lo hice después de una década de vivir acá.

Fue algo realmente hermoso. Pensar que había salido de allí sola hacia Argentina y ahora volvía acompañada con mis dos hijos.

Al llegar, me sentí un poco como extranjera. Es que, después de 10 años, muchas cosas eran diferentes: mi padre había fallecido y mis hermanos habían crecido. Algunos ya estaban casados y tenían hijos que yo todavía no conocía.

Ese primer regreso a Senegal, que duró un mes, fue muy difícil, tanto como tomar el avión para volver luego a Buenos Aires. Es que la tierra de una, es la tierra de una. Después de haber pasado tantos años afuera, sentía que quería recuperar el tiempo perdido.

La vuelta fue con mucha tristeza.

Pero bueno, acá estoy hoy, partida entre dos naciones: Senegal, que llevo en lo más profundo de mi ser, y Argentina, que me abrió las puertas para nuevas oportunidades. ●

“Aprendí a construir desde las ausencias”

Viviana Yopasa Ramírez
“MECoPa” Migrantes y Refugiados/as Colombianos/as por la Paz

Recuerdo la finca de mi abuela en el Tolima, rodeada de montañas, cuerdas, cantos, pasillos y bambucos. Recuerdo la vida del campo, los primos, las tías, los chanchos y muchas gallinas. Recuerdo la comida, el chocolate caliente, los jugos, los tamales, la lechona. Recuerdo las trepadas a los árboles, los grandes paseos a caballo, el tiple y guitarras de mis tíos que siempre estaban tocando en casa.

Mi abuela se llama Alcira y tuvo nueve hijos. Formábamos una familia bastante unida, extensa. Todos hacíamos focus en su casa. Ella era la que nos cuidaba cuando a las madres les tocaba trabajar, o en las vacaciones.

Por eso los recuerdos más importantes de mi infancia son con ella, en su finca. Era la figura familiar más fuerte. La que nos abrigaba. Enviudó tres veces. Se quedó sin pareja muy joven y se dedicó a sacar adelante a sus hijos con gran tenacidad, en medio de los trabajos domésticos, el cuidado de la tierra y la cría de animales. Una gran bailarina. Todavía vive. Tiene 94 años. Es la matrona. Nuestro bastión de amor y ejemplo de lucha y perseverancia.

Pese a la adversidad tan profunda que enfrentábamos, porquew éramos una familia empobrecida, como tantas en Colombia, había una red de solidaridad forjada por ella, que siempre tendió una mano en los momentos más difíciles.

Todo cambió cuando nos trasladamos a Bogotá. Pasa que mi papá era de allá y de muy joven había comenzado un recorrido en las artes. Probó diseño y terminó en el mundo de la litografía, se casó con mi madre, nos tuvieron a mí y a mi hermana y vivimos en el Tolima hasta que yo tuve 13 años, porque en ese momento él quiso especializarse en el Sena, una escuela de estudios terciarios que está en la capital.

Ya en Bogotá, llegamos a una pequeña casa en el barrio Suba. A mí me costó mucho el cambio porque me sacó de la cercanía de ese lazo familiar tan fuerte que había tenido en casa de la abuela. Me veía obligada a adaptarme a nuevos rumbos. No me sentía. Extrañaba ese pequeño pueblo en el que todos nos conocíamos y acompañábamos.

Aun en medio de esa desazón, me fui adaptando a la ciudad. Cuando terminé el colegio me metí a estudiar la licenciatura en Ciencias Sociales en una universidad pública.

Mi interés por las Ciencias Sociales y la política tenía una explicación porque, en su juventud, mi papá había sido militante de un partido político de izquierda, la Unión Patriótica, que fue exterminado, en el que hubo desapariciones forzadas, homicidios y crímenes de lesa humanidad perpetrados por agentes estatales y no estatales, como resultado de una forma totalmente violenta de erradicar ideales y valores políticos de la oposición.

Esa experiencia quedó muy incrustada en la memoria de mi familia, tanto en los que eran cercanos al movimiento como en los opositores.

La que más se acercó a ese proceso fui yo. La militancia, las historias y los silencios de mi papá me motivaron a seguir el camino comprometido en la lucha por la memoria y defensa de los derechos humanos. Por eso, en cuanto ingresé a la universidad comencé a participar en el movimiento estudiantil y en diferentes movimientos sociales y políticos. En los últimos años de mi estadía en Colombia también me vinculé con la organización indígena.

Esa militancia paterna era un ruido muy presente en mi vida, un norte. Era una lucha por un país mejor, por lograr reformas que garantizaran la salida del conflicto y avanzar hacia la instauración de la paz, que permitiera una justicia social, que apostara por mejorar las condiciones de vida de los más desfavorecidos. Todo eso había quedado inconcluso, por eso, dentro de mí, sentía el llamado a continuar ese legado.

Mi padre y mi madre se esforzaron para que mi hermana y yo estudiáramos y tuviéramos una posibilidad de 'progreso', no sólo en términos económicos, sino para crecer con mayores espacios de libertad, para no repetir las historias de tías y primas que habían quedado embarazadas muy jóvenes, y no seguir reproduciendo esas cadenas de sometimiento que seguían ubicando a las mujeres de la familia sólo en las tareas del hogar y en la sobrevivencia con trabajos precarizados.

La apuesta de mis viejos era que pudiéramos visualizar otras formas de vida, que tuviéramos otras posibilidades.

Al entrar a la universidad, sentí que el universo me estaba dando una gran oportunidad y yo tenía que retribuirla. La mejor manera era a través de la pelea por la educación pública. Así llegaron otros encuentros y espacios de participación, con el movimiento social, político, con las comunidades, líderes, lidere-

sas, referentes barriales. Se abrieron experiencias que reivindicaban esa lucha social que venía escuchando desde la niñez.

●●●

La carrera de Ciencias Sociales estaba completamente politizada, tenía un enfoque muy fuerte en la historia de Colombia y la defensa de los derechos humanos como eje transversal de la educación. El feminismo todavía no estaba tan presente, pero sí pensábamos en los lugares que ocupábamos como mujeres, como jóvenes, en los espacios de liderazgo y transformación.

En 2006, durante el segundo periodo presidencial de Álvaro Uribe Vélez esas experiencias se complicaron. Tras la ruptura de los diálogos de paz en el Caguán, en el 2002 llegó al poder Uribe quien inició la implementación del Plan Patriota y la política de Seguridad Democrática, intensificando el combate contra las guerrillas y desatando una campaña de estigmatización y persecución contra diferentes sectores sociales.

Entre estos se persiguió a la comunidad universitaria y por supuesto a los jóvenes que participábamos en el movimiento estudiantil, que nos organizábamos para continuar el legado histórico de luchas previas, que insistían en la negociación política del conflicto, que levantábamos la bandera de la paz con justicia social.

A partir de esa campaña, el gobierno inició una persecución muy violenta e ilegal contra líderes sociales y defensores de derechos humanos.

En ese contexto, en medio de amenazas y persecuciones judiciales me vi forzada a salir de Colombia en marzo de 2012.

Me vine a la Argentina porque aquí estaba mi actual pareja, a quien había conocido unos años atrás en Colombia, también militante. Habíamos mantenido una relación a distancia. Él me ayudó a llegar y me acompañó desde el primer día.

Fueron momentos difíciles. La historia familiar pesó mucho y mi padre insistió en que lo mejor era salir del país, mientras la situación política en Colombia se calmaba un poco. Yo me sentía sin rumbo fijo. Estaba preocupada y pensé que venirme a la Argentina era la mejor opción porque tenía una persona que podía recibirme y apoyarme mientras estaba fuera del país.

Lo veía como un paréntesis, un respiro del caos que había en Colombia, y una manera de preservar mi integridad. Además, podía estar con alguien con quien estaba construyendo un vínculo importante.

Cuando me monté en el avión sentí un vacío muy grande. Algo se quebraba. Y cuando pisé el aeropuerto de Ezeiza, se hizo real el hecho de que estaba fuera de Colombia y por un tiempo no iba a poder regresar.

Ese paréntesis que había imaginado se convirtió en un gran signo de interrogación: ¿y ahora qué voy a hacer en este lugar que no conozco? ¿Cuándo voy a regresar?

La impresión inicial fue de incertidumbre. Era la primera vez que estaba en Buenos Aires y me desconcertaba encontrarme con la mítica Avenida 9 de Julio, con el Obelisco, con estas calles gigantes, con paisajes que no acababa de entender y solo habían sonado antes en mi cabeza a través de una lírica de Fito Páez.

Tener conciencia de que estaba caminando por la calle Corrientes, de que había llegado a Argentina, llevó un tiempo.

En esa primera etapa puse el piloto automático, dejé de pensar en todo lo que había pasado en Colombia. Estaba en estado de negación. Me dediqué a viajar por Argentina. Mi compañero es del sur, de la Patagonia, y como en ese momento no me quería cruzar con colombianos, era el sitio ideal. Terminé viviendo en Rawson, cerca de la costa, durante un año.

Pero estaba demasiado lejos. Me dieron nostalgia mis montañas, la tibieza de mi río, que no tenía nada que ver con esa aridez patagónica, con esa costa fría y su viento.

Y sentí mi exilio, sentí la ruptura del tejido social y colectivo que había dejado, extrañaba mi casa, entonces decidí venirme sola a Buenos Aires. En esa marisma de sensaciones y de no lugar, para silenciar mis voces internas, decidí

hacer una maestría en Sociología de la Cultura en la Universidad de San Martín, mientras iba viendo qué podía resolver para retornar.

●●●

En esa época avanzaba el proceso de negociación entre el Gobierno Colombiano y las FARC, por lo que organizaciones sociales y políticas de colombianos prepararon en la UBA unos pre-foros de discusión de cara al II Foro por la Paz en Colombia que se iba a celebrar en Uruguay.

Ahí me encontré con Diana y Mauricio, dos exiliados colombianos que venían impulsando junto a otras personas la organización del colectivo Migrantes y Exiliados Colombianos por la Paz, MECoPa.

A través de distintas acciones, ellos venían denunciando las graves violaciones a los derechos humanos sufridas en Colombia, como los casos de cientos de miles de personas que han tenido que cruzar la frontera y abandonar el país para salvar sus vidas y garantizar su libertad. De acuerdo con ACNUR, existen cerca de medio millón de colombianos con necesidades de protección internacional. Era un hecho totalmente silenciado en el país, pese a su magnitud e impacto. De ahí el objetivo del colectivo de visibilizar el exilio colombiano para poder avanzar en ajustar leyes y mecanismos de atención para el acceso y garantía de derechos que necesita esta población.

En este escenario, me acerqué para entender qué significaba la politización de mi experiencia, que hasta ese momento había querido ignorar. Con el proceso de paz se abría un contexto político para avanzar en medidas que posibilitaran reformas estructurales y avanzar en superar las causas de origen y factores de persistencia de la violencia y, de esa manera, propiciar condiciones para la paz. Con ello se abría una posibilidad para el retorno de los que habían migrado forzadamente al exilio.

Fue un encuentro fundante y muy importante para mí. Comprendí que lo que me había pasado era parte de un patrón sistemático de la violencia política en Colombia, que ha tenido por fin desterrar las militancias para desarticular los

procesos territoriales y al movimiento social en el país. Una experiencia que no tiene por qué ser vivida y afrontada en soledad.

A partir de ese encuentro, Diana y Mauricio, y todo MECoPa, se convirtieron en parte de mi familia extensa.

Los escenarios colectivos me han permitido generar espacios de trabajo conjunto para pensar y avanzar en acciones y propuestas que permitan el reconocimiento de los derechos a la memoria, verdad, justicia y la reparación integral de las víctimas del conflicto que están en el exterior.

También posibilitan la articulación de iniciativas y acciones colectivas que insisten en la implementación de los acuerdos de paz y en la búsqueda de soluciones estables y duraderas que pongan fin a la violación de los derechos humanos en Colombia.

Ante la persistencia y recrudecimiento de la violencia que continúa expulsando personas, es necesario insistir en la urgencia de articular esfuerzos e iniciativas para que se formulen políticas públicas y los Estados se comprometan a garantizar altos estándares de protección a todas las personas obligadas a migrar y su acceso efectivo a derechos.

Con MECoPa aprendí a reconocer mis derechos, en tanto víctima del conflicto como mujer exiliada, y me sumé a la generación de acciones.

Recompuse el eje de lucha que la guerra quiso silenciar, extirpar. Aprendí a construir desde las ausencias y recuperé la capacidad de imaginar y soñar de manera colectiva y organizada.

Ahora coordino el área de Género y Diversidad junto a otres compañeres, lo que me permite trabajar y liderar proyectos sobre la colectivización, la organización y el empoderamiento de mujeres exiliadas, refugiadas y víctimas del conflicto colombiano.

Este espacio colectivo ha sido parte del proceso de sanación que ha acompañado mi exilio.

Sin embargo, siempre queda una sensación de que estás y no estás del todo. No termino de llegar, pero tampoco me voy. No termino de echar raíces por completo. No ha sido fácil, han sido muchos los retos.

Pienso que cuando llegué era una joven desaforada, realmente creía que podíamos hacer la revolución, que podíamos transformar el mundo y tomar el poder en Colombia.

Hoy lo sigo creyendo, pero soy más cauta. Reconozco que la transformación de la violencia política que vive el país es algo crítico y desafiante, donde los movimientos y organizaciones de la sociedad civil debemos redoblar esfuerzos y continuar insistiendo en la búsqueda de la paz, pese al escalonamiento de la violencia y el incumplimiento del Estado. Es un proceso largo, ante el cual debemos seguir comprometidos y continuar trabajando a pesar de que nos encontremos fuera de Colombia.

En medio de mi exilio, fui madre. Tengo un hijito de cinco años. Eso me ha llevado a abrazar la vida en donde esté sin importar el lugar donde viva. A reconocer esa esperanza de futuro que mi maternidad sumó a mi vida.

Antes tenía un rechazo a arraigarme, pero cada vez voy sintiendo más que Argentina es mi segunda matria. He aprendido a disfrutarla y sobre todo a reconocer su historia, sus luchas por la memoria, la verdad y la justicia que tanta dignidad le han dado al pueblo argentino. Son ejemplo e inspiración.

A mí me dicen 'la Caracola', y en verdad siento que cuando salí de Colombia me arrancaron mi caparazón. Ahora, por fin, tras largos años de exilio estoy aprendido a re-construirlo.

“En los barrios hay experiencias comunitarias muy enriquecedoras”

Zulma Monges
Casa de la Mujer “Kuña Guapa”

El planteo de qué significaba ser migrante me lo hice desde la primaria, cuando empecé a vivir la discriminación en la escuela de la provincia de Buenos Aires en donde estudiaba, pero ya la primera pelea en serio que tuve por este tema fue en la secundaria, con una amiga que me gritó: "¡paraguaya!", así como enojada.

Le contesté: "sí, soy paraguaya, ¿y cuál es el problema?".

Definirme es parte de mi identidad. Si alguien me pregunta qué soy, no me resulta tan difícil decirlo. Aprendí que no hay nada de malo en ser argentina, paraguaya o boliviana. El problema es de quien lo quiere señalar como un insulto.

También aprecio las cosas hermosas y enriquecedoras que tienen los pueblos latinoamericanos. Por eso en mi casa hay cuadros del expresidente venezolano Hugo Chávez y del boliviano Evo Morales. Me gusta todo lo que tiene que ver con la identidad de la región.

Suelen preguntarme de dónde soy porque nací el 4 de diciembre de 1987 en San Martín, en la provincia de Buenos Aires, pero cuando tenía 17 días mi mamá me llevó a Paraguay. Ella se llamaba María Monge, era de allá y había venido a trabajar, pero una situación familiar la obligó a volver.

Allá estuvimos varios años, hasta que ella y mi papá, Anastasio Flores, se separaron. Mis hermanos y yo nos tuvimos que ir a vivir con mi abuela porque mi mamá decidió volver sola a Argentina, otra vez para trabajar. Desde acá nos mandaba dinero para los gastos. Era algo normal, porque todas mis tías también habían migrado en busca de trabajo.

Cuando yo tenía diez años volví a Argentina gracias a que mi mamá ya había resuelto su situación habitacional y tenía un trabajo un poco más seguro. Eso fue en el año 96 o 97. Vivíamos en Villa Melo, en el partido de Vicente López.

A mí el cambio no me costó tanto porque ya sabía español: hablarlo, leerlo y escribirlo. Practicaba muy poco el guaraní porque en Paraguay solo lo hablaban los más viejos. Los adultos nos obligaban a los jóvenes a aprender español para no ser discriminados. Hoy eso ya no pasa, en los colegios es una obligación enseñar el idioma originario para no perder la cultura.

Para mis dos hermanas menores fue más complicado porque sólo sabían hablar guaraní y, además, a ellas todo lo nuevo les costaba más que a mí: desde subirse a los colectivos hasta manejarse entre

las multitudes. Es que allá vivíamos en Villarrica, una ciudad muy linda, y teníamos una huerta, animales, una vida de campo. El cambio fue radical.

Mis hermanas sufrieron mucho el racismo y la discriminación. Se les dificultaba la escuela, el trato con los docentes y en todos lados. Tuvimos que hacer la adaptación en doble jornada, con apoyo escolar extra para poder ponernos al mismo nivel que los otros pibes. Incluso nos hicieron perder un año de escolaridad para nivelarnos.

Aun siendo madre soltera, mi mamá logró poner su propio emprendimiento en Villa Melo. Era un bar de comida rápida, pero enfrentamos muchos problemas. Sufrimos intentos de robo y secuestros y vimos peleas de narcos. Entonces nos tuvimos que mudar a San Martín.

Primero alquilamos en Loma Hermosa y, después, en el 2000, nos fuimos al barrio Costa Esperanza, que se fundó allá por el año 98. Había puro campo, mucha agua, mucho pasto. Era cualquier cosa menos un lugar digno para vivir, pero no teníamos otra opción.

Como mamá se había quedado sin ahorros, empezó a hacer cosas en el barrio: lavaba ropa, limpiaba casas. Después nos llegó la crisis como a todos los argentinos. Ya era 2001 y empezamos a juntarnos con los vecinos. Costa Esperanza era un barrio de migrantes, así que con la crisis económica se cortaron las changas y todos los laburos en negro. La falta de comida empezó a ser un tema recurrente en el barrio. Nosotros le hacíamos propuestas al gobierno municipal, pero nos discriminaban. De todas formas, nos organizamos. La crisis era total.

El 30 de enero de 2002 arrancamos con la primera olla. Urgía, porque muchos vecinos estaban sin laburo. Mientras la mayoría de los hombres se deprimían y se encerraban a tomar, las mujeres organizábamos las ollas para que los pibes comieran. Teníamos niños desnutridos, a pura piel y hueso, deshidratados.

Mi mamá, mi tía y yo fuimos parte de uno de los saqueos a supermercados que hubo en esa época. Con eso pudimos comer casi por seis meses. Fue el punto inicial para lo que hicimos más adelante. La gente, literalmente, se cagaba de hambre.

Desde la militancia hemos creado grupos de compañeras organizadas que asesoran y acompañan a los migrantes en los trámites de sus papeles. Es un trabajo muy importante porque la falta de documentación les impide acceder al trabajo, la salud, la educación. Se vulneran sus derechos.

Por lo demás, vivimos en un asentamiento sin agua, sin luz, ni asfalto. Son barrios populares no reconocidos. Los políticos siempre dan excusas para no atender las problemáticas, pero, a pesar de todo, mi laburo siempre ha estado dedicado a organizar luchas para combatir el hambre en los barrios y por la conquista de derechos migrantes.

Hace tres años fundamos la Casa de la Mujer Kuña Guapa, que significa 'mujer trabajadora' en gutfAntes en el barrio había gestores que cobraban, pero ahora nosotros damos esas asesorías gratis.

Estamos contentas por el reconocimiento que está teniendo Kuña Guapa. Primero, del Estado. Ya hemos tenido visitas de la ministra de la Mujer, de referentes políticas de Nación y Provincia. Es muy gratificante que reconozcan un laburo territorial y social. La mayoría de las compañeras ha adquirido experiencia al caminar. Es admirable, porque han pasado por situaciones de violencia y, sin embargo, se han organizado.

Me da mucha alegría que en todos lados en San Martín conocen a Kuña Guapa. Después de tres años de caminar juntas, el resultado del trabajo es satisfactorio. Muchas mujeres dicen que las hemos salvado por el solo hecho de

estar en un espacio comunitario que ni siquiera cuenta con muchos recursos económicos.

Somos una fuerza de trabajo que ayuda a mujeres en diferentes procesos de su vida, ya sea consiguiendo bolsones, comida o denunciando maltratos en Migraciones. Acompañamos un proceso de empoderamiento. Por ejemplo, durante la pandemia hemos tenido muchas denuncias de violencia de género. Y las compañeras del barrio se organizaron para enfrentar el problema.

En mi caso, siempre aprendo de las doñas, de sus saberes. Son cosas hermosas que hay que reproducir: los tejidos, los bailes, las historias. Hasta hemos rescatado fiestas tradicionales que sólo aparecían en libros de Paraguay y que ni siquiera eran conocidas por las colectividades.

Tenemos un cura en el barrio, el padre Adolfo, que es muy latinoamericano y que labura mucho con las comunidades, por ejemplo, festejando a los santos de cada país. Rescatar esos saberes es hermoso. Cada tanto hacemos un encuentro con comida, baile y tejidos.

Así las compañeras se sienten un poco en sus lugares de origen. Así construimos memoria. Salen cosas bellas y cosas tristes, como los abusos sufridos, o las guerras que vivimos, pero siempre digo que cada vez que tengamos una oportunidad, hay que contar las historias de nuestras madres. Ellas han pasado por vivencias horribles. También tenemos compañeras que han sido vendidas por sus propias familias para casarse o prostituirse. Hay experiencias de verdad desgarradoras de mujeres que tuvieron que migrar para buscar una nueva oportunidad de vivir. Por suerte, la encontraron en Argentina.

●●●

Con respecto a otras militancias, nosotras formamos parte del Movimiento Evita. Pero, además, estamos en Migrantas Reconquista, una herramienta que

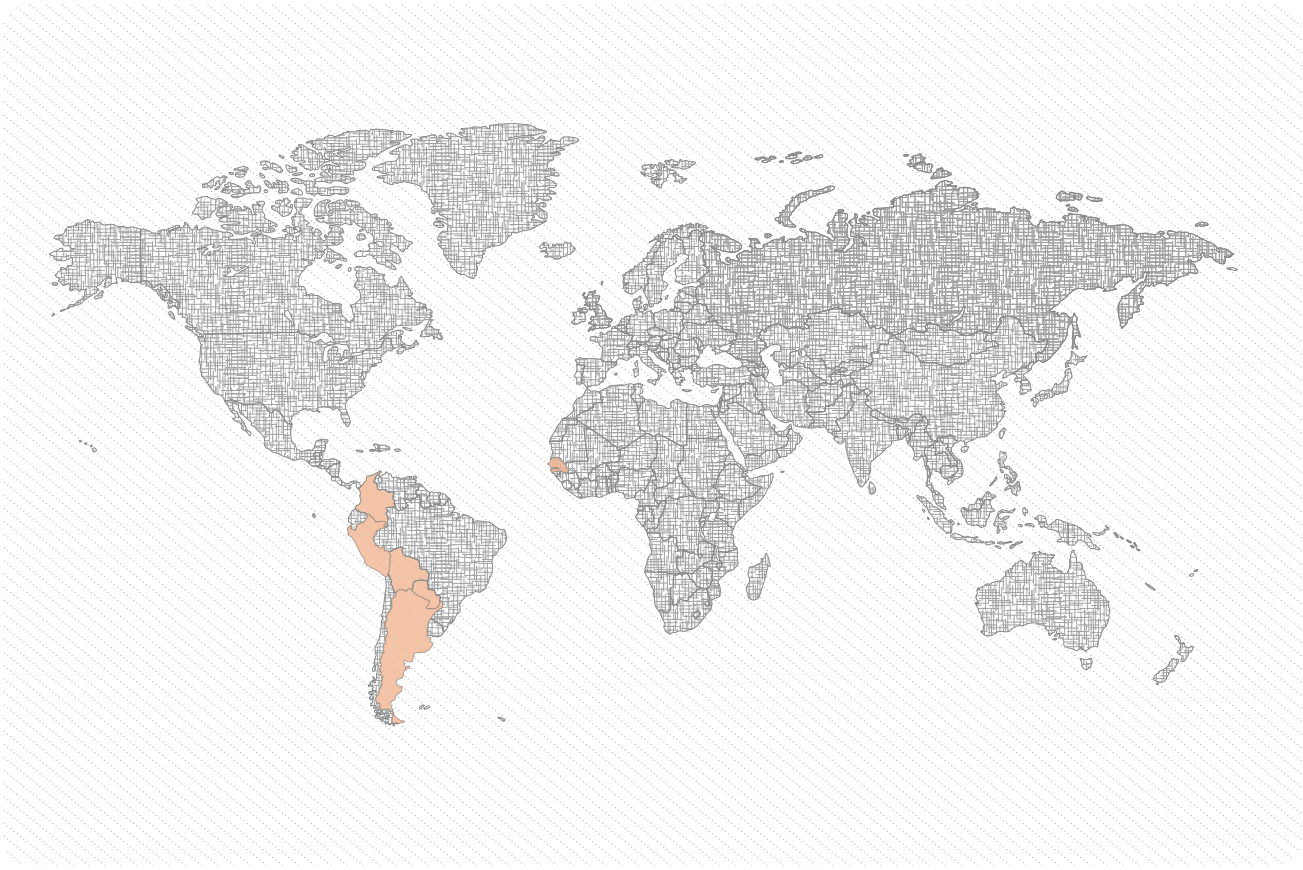
construyó una amiga, la Tere, que está mucho en la Universidad de San Martín y que sistematiza experiencias migrantes. Eso nos ha ayudado a mostrar nuestro laburo.

Nosotras articulamos con ellos a partir de Kuña Guapa y de los comedores focalizados en familias migrantes. En esta última etapa nos fuimos incorporando en cuestiones de agua y basurales clandestinos, pero es un eje que recién empezamos a laburar hace pocos meses.

Eso abre una nueva puerta de activismos porque vivimos a metros del Ceamse y tenemos muchos basurales a cielo abierto, clandestinos, mucha gente que vive de la basura. La gente recicla y con eso trabaja. Al no tener una política sobre esa problemática, nadie hace nada y el resultado es que tenemos basura por todos lados. Los vecinos estamos cansados. Necesitamos soluciones que no dejen a los carreros sin laburo.

Lo que viene es bueno. Estoy segura. Este año empecé a estudiar Sociología en la Universidad de San Martín. Recién lo hago ahora porque desde los 15 años me dediqué cien por ciento a la militancia. Después tuve dos hijos hermosos, Rodrigo y Mía, que ahora tienen diez y siete años.

Me gustaría terminar de estudiar y transmitir todo este trabajo territorial, que se plasme en otros lugares. Hay muchas experiencias comunitarias en los barrios, muy enriquecedoras, y nadie las toma como ejemplo. Me gustaría mostrarlas, acompañar esos procesos y organizarnos, generar otras formas de militancia, más comprometida con el otro, porque en los barrios no necesitamos ser asistidos. Necesitamos ser parte de la solución.



Organizaciones

ONG "Rompiendo Muros"
ong.rompiendomuros@gmail.com

Cooperativa de viviendas "Centro de Madres 27 de Mayo"
emiliana.mamani61@gmail.com

Instituto "Qheshwa Jujuymanta"
https://www.facebook.com/InstitutoQuechuaJujuymanta/

"La Rosa Naranja" Asociación Civil
info@larosanaranja.org
https://www.facebook.com/larosanaranja.ac/

Comedor merendero "Todos por una sonrisa"
https://www.facebook.com/todosxunasonrisa/

Comunidad Indígena Intercultural Ayllu De Guaymallén
ylluguaymallen@gmail.com
https://www.facebook.com/ayllu.deguaymallen.5

Sabores y saberes sin fronteras
mazuelosrocio40@gmail.com

"Karambenor" Agrupación de mujeres senegalesas
https://www.facebook.com/karambenorargentina/

"MECoPa" Migrantes y Refugiados/as Colombianos/as por la Paz
mecopa.arg@gmail.com
https://www.facebook.com/MecopaLaPaz

Casa de la Mujer Kuña Guapa
https://www.facebook.com/CasaKunaGuapa/

Agradecimientos

Especial agradecimiento a todas las mujeres y trans migrantes y refugiadas que compartieron con mucha generosidad su tiempo, historias de vida y trayectorias de activismo, para la realización de esta revista. Celebramos su compromiso cotidiano con la defensa de los derechos humanos.

ISBN 978-987-48340-1-0